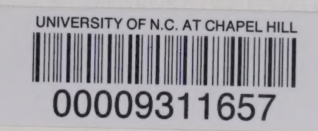

LUX
LIBERTAS





LA TIERRA NATAL



Agencia General de Librería y Publicaciones
BUENOS AIRES
1923

Para el ilustre poeta Fernán Silva Valdez con la más alta estimación literaria. Homenaje del autor

JULIO ARAMBURU

Bs. As. Febrero 22/924
C. Corrientes 1387

LA TIERRA NATAL

1923
Agencia General de Librería y Publicaciones
RIVADAVIA 1573
Buenos Aires

OBRAS DEL AUTOR

Una Conciencia Libre (1921)

La Tierra Natal (1923)

En preparación:

Camino de perfección (Novela)

Hombres de América (Estudios críticos)

A

RICARDO ROJAS

J. A.

PRIMERAS PALABRAS

Así vacilante y huraño, tal como se presentaron ante los conquistadores los primitivos aborigenes a sacrificar la ofrenda de su oro y su destino; así también viene como un hombre desde el lejano fondo de mi selva este libro montaráz y rudo — trayendo a la ciudad de Buenos Aires como único homenaje de belleza — todas las visiones de la tierra y todos los secretos de las leyendas seculares, impregnadas de superstición, de tristeza y de barbarie. Inspíralo una lírica explosión de fé y de esperanza humana, un sentimiento de fraternidad y de cordura y un deber evidente de responsabilidad civil y patriotismo.

La grandeza de las naciones reside en la herencia indeleble de su historia, esa historia que blasona el orgullo de la estirpe ya sea por el laurel de la vic-

toria, la nobleza de sus héroes o el ideal libertador de su conquista. Entre esa herencia de tradición heroica que es aliento de siglos por la significación moral de su doctrina y la virtud sagrada de su origen, está también la tradición folklórica que ha creado el carácter social y personal de las ciudades y los pueblos.

Nuestra joven república ofrece la gloriosa fisonomía del genio latino. Enérgica, altiva, libre, infatigable y generosa en su ímpetu de hospitalidad y de progreso. Su grandeza geográfica es un corazón abierto al amor que fructifica y ennoblece, su blasón intelectual la solidaridad elocuente a todas las manifestaciones del arte y del ensueño, su virtud secular la unidad espiritual de la raza, su orgullo la afirmación serena y firme de su porvenir inmenso. Por eso, su solo nombre es una reflexión de paz y de optimismo, un llamado interrogante y propicio para altos destinos y bello triunfo en el esfuerzo y la fortuna.

En la vida civilizadora de los pueblos la tradición significa el culto al heroismo y la verdad. La tradición es el alma de nuestra organización nacional. Representa con sus epopeyas, hazañas, poemas y leyendas la levadura de la acción heroica que ha fermentado el sentimiento del vigor y del progreso general. Es el patrimonio moral de los antepasados que han inmortalizado la grandeza es-

tética del concepto humano en las diversas fases de la lucha y de la historia.

Por eso, toda ocasión es propicia para renovar el culto del pasado. Esa concentración de memorias íntimas tiene una belleza inestimable porque exalta la solemne religión de las costumbres abolidas de la raza. En el periodismo, en la cátedra, en la tribuna y en los libros debemos evocar los episodios épicos y legendarios de la heráldica popular. Las ciudades, pueblos, selvas, ríos, montañas y valles tienen una semblanza varia y personal, como así también los protagonistas humanos creadores del romance folklórico en la vida y en la muerte.

Este libro sobre la tierra natal anhela interpretar un verdadero sentimiento de patria. A pesar de su aparente predominio local, él tiene por su espíritu y carácter una ciudadanía nacional. Al abarcar una determinada región geográfica lo anima la fraternidad de una historia común por la libertad y la victoria. La cultura argentina es el reflejo ideal de la raza, la época y las costumbres y a eso tiende los pensamientos sinceros de este libro.

Desde hace algún tiempo las provincias del Norte tienen un representante espiritual. Salta a Juan Carlos Dávalos, Tucumán a Fausto Burgos y Jujuy al presente. La jerarquía intelectual de la empresa lírica es tributo de amor a nuestra tierra y

a los fundadores descollantes y anónimos de la nacionalidad.

En mi humilde evocación encontraréis los hábitos y las visiones de mi solar nativo. Quien escribe no es más que un hijo de provincia que ha llegado hace algún tiempo a ésta ciudad maravillosa. Una sed de perfección ideal y un ensueño de arte alientan su noble carrera de esperanza. En "La Nación" y las revistas "Caras y Caretas", "El Hogar", "Nosotros" y "Riel y Fomento" donde se publicaron casi todos estos artículos, he encontrado siempre una fraternal y generosa acojida. No lo dudo tampoco del corazón de los lectores tan argentinos como el mío y fáciles de comprender la profunda inquietud espiritual de los peregrinos y los poetas. Algo más quisiera adelantaros sobre mi vida; más toda ella solo es un drama de batallas íntimas, de trabajo rudo, de conciencia altiva y de amargo desengaño por la política vergonzosa de mi pueblo. Nada hay más triste y trágico en la existencia humana que ser pobre y tener lleno de entusiasmo el corazón, con ese entusiasmo de ideal y juventud que no es riqueza, sinó acicate de sufrimiento por soñar honradamente una felicidad mejor. Sin embargo, en las grandes ciudades hay un veredicto de sinceridad y de justicia. Fé, amor y desinterés bautizan las vocaciones de mi alma. Ahora la respuesta de oro de la ventura la dirá vuestra opinión y el porvenir.

Atención caro lector: Voy a tocar a rebato la tradición dormida de las razas muertas, voy a revivir las añejas remembranzas de mi tierra natal. Traigo para ello la fidelidad de la naturaleza y la verdad y con esa convicción profunda que es mi fuerza los relatos que comienzan tendrán en la aspereza elemental de las ideas toda la resonancia salvaje de una tormenta de revelación en plena selva.

JULIO ARAMBURU

JUJUY

EL ENCANTO DE JUJUY

La ciudad de Jujuy tiene para mí un encanto inefable de arte y de belleza. Siento por la ciudad antigua y silenciosa un profundo sentimiento de amor y de respeto. Y es que ella con sus casitas blancas y techos rojos mantiene el carácter de la genuina tradición hispana. Por sus calles tristes y desiertas flota una serenidad de poesía primitiva. Nada inquieta su armonía estética de ciudad castellana y romántica. Los habitantes nativos pasan la vida llenos de indolencia y de cansancio. Hastío de siesta estival y terror de invierno parecen tiranizar todas las costumbres sociales de su pueblo. De ahí, el hermetismo estático y tedioso de su existencia colonial.

Vamos a penetrar por las calles hidalgas y vetustas de la ciudad provinciana. Bajo un claro

sol estival la impresión urbana adquiere una espiritualidad lírica y compleja. Los templos severos, las casas bajas, las techumbres de teja, los balcones rústicos y las puertas simbólicas. Toda la herencia del pasado perdura en esas reliquias de adobe, de madera y de piedra. Luego los gruesos muros de los edificios seniles, blanqueados de cal ponen la vistosa policromía de una acuarela festiva. Vagando por la ciudad legendaria el espíritu se contagia de un entusiasmo místico y guerrero. ¿Qué más se puede sentir en esta tierra, donde todo tiene un recuerdo heroico, un atributo de leyenda y una expresión personal de arte y de poesía?

Pero yo quiero revelaros que la verdadera unidad de su belleza interna está en su alma regional, en ese vestigio arrebatador y rústico de la herencia americana. Esa armonía arcaica de sus casas, esa arquitectura sencilla y grave, ese fervor fanático por las costumbres antiguas señalan un símbolo de personalidad y de nobleza. Saber mantener inmutable todos los ritos y memorias de las épocas desaparecidas y remotas significa un patrimonio de altivez y de abolengo, un patrimonio lisonjero y nacionalizante de verdadera civilización argentina.

Jujuy, en realidad, es una ciudad mustia y silenciosa. Su silencio, empero, no es desolador ni

impresionante: sino muelle, poético y sugestivo por la idealidad de su misterio. ¡Misterio de dulzura, de paz y de melancolía! Todo nos habla de amor y de romance. Su ambiente purifica y eleva el espíritu; atrae y seduce el corazón. Hay en él un aroma de eternidad que conforta y embriaga el alma de energías y esperanzas.

No olvidaremos aquí que soñadora y romántica, fué también la ejecutoria de su pueblo en la época histórica de la emancipación nacional. Su profesión de fé por la libertad y la independencia fué eminentemente idealista. En el Canónigo Juan Ignacio de Gorriti, tuvo el apóstol más ferviente de la liberación republicana. El éxodo de 1812 marca la suprema epopeya del sacrificio heroico. No en vano la posteridad tiene allí el glorioso blasón de la insignia nacional: la primera bandera del General Manuel Belgrano.

Por eso flota en esa ciudad patricia el perfume de las cosas eternas y sagradas; por eso hay encanto y gloria en los rasgos hidalgos de las calles y por eso su recuerdo es un testimonio vivo para la filosofía de la historia. Unido a esa inmortalidad preclara de la estirpe, las tradiciones nativas han creado también leyendas heroicas y extrañas. Pero en todo, está el sentimiento poderoso de la raza y la ciega fé de su destino. El concepto dinámico del progreso no alcanza todavía

a derribar la energía reaccionaria del pasado. El doloroso cambio que la acción inflexible del tiempo ejerce sobre la vida de los pueblos, apenas traduce en las heridas recién abiertas de sus reliquias seculares la honda angustia de una existencia moribunda. Aún el espíritu popular se reconcentra en el orgullo de sus ídolos y ante la ávida destrucción del modernismo, afianza y engrandece el encantamiento arcaico de sus visiones y sus mitos.

Sin embargo, ''la lejana Jujuy, cetrina y grave como un halcón de la cumbre'' continuará siendo una de ''esas ciudades con alma personal y semblante indeleble''; porque conserva latente toda la pureza de sus hábitos, todo el númen de su leyenda heroica y todo el vigor de su riqueza primitiva. Al pie del abrupto Chañi, vestida de fiesta por su naturaleza tropical y arrullada por las serenas aguas del armonioso Xivi-Xivi, la humilde Jujuy deja en todo espíritu el convencimiento artístico de ser dentro del escenario de nuestra República, la ciudad maravillosa del silencio, la belleza y el ensueño.

LA CASA COLONIAL

Una de las manifestaciones más genuinas del carácter personal de las ciudades del interior es la huella de la herencia colonial en todos los órdenes de la actividad humana. El espíritu de la tradición en las gentes y las cosas contribuye a resaltar el blasón de esa autonomía física y moral de las costumbres. Luego, el organismo político y social de cada pueblo aviva la memoria histórica de la existencia secular, conservando una unidad absoluta de pasiones y sentimientos regionales. Es por ello que cada ciudad tiene el reflejo del alma lugareña, la fisonomía del ambiente geográfico y el valor cultural de la estirpe provinciana.

Entre esa característica armónica de la psicología nativa está también el romance de la ciudadanía edilicia que ha creado el legítimo espi-

ritualismo de la arquitectura colonial. En las calles silenciosas y vetustas perdura la acerva simetría castellana, idealizada por el culto de la mansedumbre indígena y el abolengo monárquico de los conquistadores primitivos. La casa colonial es la estampa hidalga del ideal remoto, el principio urbano de la civilización aborigen y expresa la gloria de la independencia heroica gestando el sentimiento federal de la primaria organización nacional.

El origen heráldico de la construcción utilitaria y edilicia resume la disciplina educativa del derecho público y la evolución creadora y perdurable del progreso social. Fundar una ciudad es armonizar el acuerdo patriótico de una ética colectiva y afianzar el concepto legal de la legislación municipal y política. La ciudad es una filosofía de la civilización en marcha. Al ser ideal de conquista, de adelanto económico y de acción renovadora, debe plasmar el carácter de la raza, la perfección de la cultura y la unidad moral de los sentimientos colectivos. La responsabilidad civil es conservar siempre el sello nacional, el espíritu del pueblo y el orgullo latente de la tradición heroica. Al levantar la humilde casa solariega los primeros habitantes disciplinaron en su destino la aspiración emancipadora de un arte personal. Las moradas no serían solamente recurso de

necesidad biológica y civil, ni prepotencia de derecho inmobiliario, ni desenfreno de dominación feudal, sino, más que todo, volición de progreso general, ejercicio de orden y concordia e independencia urbana de nacionalidad. Es por eso que la casa colonial — primer vínculo de solidaridad patricia — lleva el vestigio indeleble de la epopeya indiana y la visión guerrera del espíritu español. Luego, la reminiscencia estética de la tradición castellana crea un símbolo de veneración histórica y crea el arquetipo de un monumento nacional.

Estamos frente a la casa colonial de techumbres de teja charra y descolorida. Su presencia da la sensación de un templo secular, santificado por acciones de guerra y de conquista y castigado por la inclemencia del tiempo y el olvido. La fachada es una expresión visual de severidad arquitectónica. Los cimientos, zócalos, paredes, dovelas, cornisas y parapetos son una enseñanza de orden y vocación estética. La euritmia arcaica y simbolista de las casas está impregnada de una ardiente devoción artística e inspirada por un profundo sentimiento de amor y misticismo. La disciplina elemental del estatismo edilicio representa el encantamiento dominante de la raza extinta y el carácter civil de la reacción aborigen.

La semblanza de los diversos estilos construc-

tivos de las viviendas produce incertidumbre y enciende la evocación peregrina y vaga de las añejas ciudades de Castilla. El barrunto exterior da la exégesis de una ilustre memoria secular. Hay rasgos arquitectónicos y ornamentales de origen mudéjar, árabe y celta. La influencia mudéjar se refleja en la elegancia de la decoración mural y en los platerescos caprichosos y extraños. Faltarían los ladrillos rojos, los mosaicos, los azulejos y todo el encanto deslumbrante de la pasión morisca, para encontrar la viva ilustración de aquella escuela. La arquitectura árabe tuvo su fantasía en los tipos de edifición hierática, de amplios patios y lujosos ornamentos interiores. Dada la plasticidad del carácter latino, imitaron el arte bizantino y románico con vanidosa idolatría, secundados, sin duda, por la resonancia del primero que alcanzó su mayor esplendor en los tiempos del emperador Justiniano. Todos los pueblos de la tierra tienen la originalidad de un arte propio. Los reflejos ideales fueron siempre de un valor convencional. Del dórico, jónico y corintio surgió el arte griego de más alta perfección estética. El arte indio sufrió también la influencia helénica y persa, mientras los fenicios, que no pudieron nunca crear un arte nacional, copiaron con fervor la escuela de los egipcios y asirios. La pintura mural y decorativa se extendió por el mundo con el

realce originario. El ornamento floral de los romanos y los bajos relieves desfilaron por Pompeya, Asiria, Persia y Grecia, logrando su apoteosis todas estas manifestaciones de identidad artística en la época memorable del Renacimiento.

Ahora, respecto a nuestro país, no juzgaremos si la muralla es etrusca, ni el capitel bizantino, ni los arcos góticos, ni las techumbres pompeyanas. El análisis no corresponde tampoco a los arbotantes, triforios, arrequives, ni fustes de inspiración autóctona. Las cimbras de los arcos, los cenobios y las cartelas de la casa colonial tienen el encanto alucinante de la nobleza criolla, el reflejo de la emoción heróica y el atributo de la conciencia étnica. Su color histórico y huraño es un signo arquitectónico de prestigio personal. Los anagramas de los marcos, los umbrales rústicos, las inscripciones latinas en los arcos, las áncoras taladradas en las puertas, los plintos de piedra, las adarajas, los salmeres, los cimasios, las impostas y el mainel de las ventanas enrejadas, poseen una infinita sugestión de maravilla incásica y de tradición hispana. Por eso, el edificio legendario conservará siempre el aire señorial de la mansión hidalga y la tragedia emocionante del pasado trunco y abolido por la derrota del tiempo y el progreso de los hombres.

La casa colonial es la herencia representativa

y simbólica de nuestros antepasados. Su construcción arcaica y resistente ofrece el símil de una reliquia popular, erigida con fervor patriótico y sentimiento militar. Su visión arquitectónica es una alegoría de evocaciones y leyendas argentinas. Tiene en su rigidez de siglos toda una literatura de signos, líneas, enseñanzas y recuerdos. Trasunto fiel de la civilización antigua, ella reconcentra el númen del ideal libertador de 1810 y la filososía más sagrada de nuestra emancipación americana.

HOMBRES NATIVOS

A Rodolfo Franco.

Recios y cetrinos — como una estatua de bronce patinada por la lluvia y por el tiempo — viven y luchan en las ciudades argentinas los hijos genuinos de la raza. Son hombres nativos de la tierra, resignados en la esperanza y exaltados para el sacrificio heroico. Su visión humana, trashumante por los burgos y poblachos regocija el corazón y el patriotismo. Tostados por el sol, curtidos por el frío, heridos por la pobreza y aislados por la renovación social, ellos se afirman todavía como una fuerza histórica ante el empuje irreflexivo del cosmopolitismo y el progreso.

Hidalgos y cervantescos, con osatura de héroe y de monje, los pobres paisanos sufren la

proscripción inexorable del tiempo y del olvido. Las antiguas calles toledanas que fueron el romance de sus sueños épicos, desaparecen; las llanuras salvajes que bautizaron de libertad su ancho pecho y pensamiento, se cultivan y las montañas y los valles que emocionaron de égloga su corazón y sus ojos se arrasan para la explotación minera y la colonización nueva de otras razas.

Pastor y peregrino, raído por las zarzas de las selvas y castigado por las rachas de las cumbres, el criollo no tiene más vestimenta de lujo que el sayal del poncho y el alón y negro sombrero "rembrant". Sereno y bueno como un santo, allá va tras las arrias pastoriles. El Angelus de la tarde lo sorprende como una bendición entre su grey de ovejas. Entonces, descúbrese con devoción mística y pura y la cabeza hirsuta, dorada por las fimbrias del sol es como un morrión embravecido por el entusiasmo de una reminiscencia militar.

Cantor y poeta que rima sus penas y trovas en las noches de luna y frente a las troneras de los ranchos. Su inspiración es la mujer serrana, de rostro oval y pálido, de trenzas obscuras y de labios trémulos y brillantes como el edelweis de la montaña. Músico bohemio y espontáneo, amante del licor, el baile y la guitarra. Labrador hon-

rado que regresa al hogar cerril auroleado por el crepúsculo y con la canción en los labios y el corazón vibrante de aleluyas. Noble padre y noble esposo en el infortunio del trabajo y del dolor. Valiente para domar potros salvajes y bizarro para galopar tocando a gloria sobre el parche polvoriento de la tierra en los trágicos combates de la revolución. Almas purificadas para la acción y el sentimiento. Sencillos como una margarita de los campos y sensibles como una llorante imploración de amor.

Los hombres de la tierra natal van desapareciendo lentamente. La raza se muere. Sólo quedan unos cuantos arquetipos, sombríos y tristes como un recuerdo de antaño, tal las aguas-fuertes de Guido y de Pinto. Su semblanza y progenie femenina se salvan todavía por el mágico arte de los pintores argentinos. Los pinceles de nuestros magníficos artistas realizan con amor ese homenaje a la estirpe heroica y bella. Nada hay más simbólico que la vida hidalga de esos seres, oprimidos y humillados por la absurda civilización moderna. Los hombres nativos — de color de bronce y de metal — no morirán jamás; porque ya Bermúdez, Franco, Alonso, Quiroz y Centurión los inmortalizaron para siempre con

la reliquia sangrienta de sus ponchos y la visión grave y serena de sus rostros deslumbrantes por la gloria y por el sol.

JUSTICIA CRIOLLA

Años atrás en Jujuy, bajo el ejercicio constitucional de los gobiernos reaccionarios, Ño Lucas Corte, había aceptado con satisfacción y cordura el austero cargo de Juez de Paz del distrito de Ocloyas. A pesar de sus divergencias doctrinarias, él ambicionaba siempre una autoridad política, adquirir prestigio popular, ser gobernador y gozar con plenitud de las doradas voluptuosidades del poder. Y fué así, en que ajeno a todo vil interés, Ño Lucas, paisano de edad provecta y figura cervantesca, asumió las sagradas funciones de la justicia rural. Lo demás, eran sueños de humo azul en las frías corrientes del viento regional.

Ya en posesión de su cargo, el Juez de Paz recorría al trote, cabalgado en un bridón overo y

movedizo, todas las tardes las cercanías de su jurisdicción legal. Fiscalizaba puentes y caminos, alambrados y potreros, ranchos y heredades. Si encontraba en los callejones animales sueltos y ociosos, multaba a los dueños sin piedad, ni arrepentimiento. Indignábale la vida mansa y tranquila de los arrenderos, su resignación pasmosa a toda lucha de competencia y conquista mercantil. Pasaban los meses y la absoluta esterilidad de sus funciones le producían desazón. El no podría a este paso, elevar una frondosa memoria al gobierno sobre delitos y contravenciones castigadas. Además esa falta de actividad y de celo en sus misiones judiciales, ocasionaría un mal concepto a su reputación de hombre probo y trabajador, aunque no tuviese mayor inteligencia ni cultura. Y con la obsesión de estas circunstancias contradictorias y penosas, regresaba al hogar pensativo y murrio, deprimido y cansado hasta los huesos.

Las tardes campestres, llenas de poesía y de dulzura eglógica, sorprendíanlo dando de comer a los cerdos, tusando los caballos, atando los terneros o mirando las majadas de ovejas que llegaban hasta la acequia del corral a beber agua fresca y pura. Entre esa familia ovina, las cabras y los chivos destacaban sus hostiles testas coronadas. La expresión faunesca y sagaz de los chivatos, despertaban en el espíritu del Juez dul-

ces historias seniles. En los vuelos de su fantasía, él deseaba también ser un sátiro cabrío, salvaje y pendenciero, que en una simbólica mitología visual, pudiese tener en las praderas de su finca, fuentes y rodeos de fuga, donde perseguir ninfas núbiles, de cabellos sueltos y carnes ligeramente rosas y doradas. Más la realidad de la vida lo decepcionaba, sumiéndolo en tenaces abstracciones líricas; mientras con las manos sarmentosas y morenas, se sobaba la barba hirsuta y ya plateada por los años.

Una mañana de estío, algo lluviosa, estaba sentado en el corredor del rancho, tomando un cimarrón. Su numerosa progenie andaba ocupada en las obligaciones de la granja. Como la lluvia apuraba, las gallinas comenzaron a correr para guarecerse bajo el algarrobo que había en el patio de la casa. Al verlas, Ño Lucas fué a traer en el ala del poncho un poco de maíz para darles de comer. Luego se quedó entretenido y sonriente, al ver la ágil lucha de los gallináceos para ganar mayor cantidad de los relucientes y alimenticios granos de oro, dispersos por el suelo húmedo y obscuro.

De súbito, vió aparecer por el camino a la comadre Paula Vilte, vecina del distrito. Venia a pie, con un rebozo floreado y las sandalias llenas de barro. Luego de un cordial saludo, interpuso

ante el Juez una demanda. Nerviosa y disgustada, relató los detalles del delito, su humilde condición de víctima y la manifiesta mala fé del acusado. Se trataba de un hurto de tres aves. Ella tenía una manada de veinte pavos y desde hacía varios días le faltaban tres de ellos. Al cabo de algunas averiguaciones pudo saber que un vecino del rancho, el "coya" Tobías Zerpa los tenía en su manada. Inmediatamente fué a verlo para que se los devolviera amigablemente, pues ella como dueña los reconocía a los tres pavos entre el tumulto de los otros. Zerpa gritó y negó la justa petición. Entonces, ante el caso de robo y de violencia, ella acudía a la conciencia del Juez, exigiendo de su rectitud sagrada la devolución, la justicia y el castigo ineludible.

Ño Lucas hizo un gesto de contrariedad y ordenó a su hijo mayor que fuese a llamar inmediatamente a don Tobías. El Juez lo necesitaba con urgencia y él debía cumplir la citación. Era necesario dar a cada uno lo suyo y condenar este abuso de desconsideración y mala fé. No faltaría más que burlasen los fueros de la ley y su investidura; apropiándose sin recelo de lo ajeno. Su hijo, entretanto, salía al galope en un caballo blanco rumbo al destino señalado.

El Juez hizo pasar al cuarto de audiencia a la comadre y allí tomó notas con terribles faltas de

ortografía y de sintaxis de la exposición de la demanda. Paula estaba ahora más tranquila porque tenía esperanza en el recurso; mientras Ño Lucas asumía un aire de meditación y de sosiego. Al poco rato, llegaba el acusado. Le ordenó pasar y luego de los buenos días, le dió cuenta de la denuncia y su indigno proceder. Tobías Zerpa protestó de tal aseveración, negando firmemente el delito. Al contrario, habló de iniciar un juicio por calumnias e injurias contra la Vilte, que temblaba de miedo y de inquietud. Sin embargo, el Juez no se inmutó y golpeando con el puño sobre la rústica mesa del juzgado — manifestó a viva voz — la necesidad evidente de provocar una prueba de hechos. No admitió más alegatos y citando a los dos contendientes para el otro día, los despidió con dureza y autoridad penal.

A la tarde siguiente, llegaron casi simultáneamente la Vilte y Zerpa a la casa del Juez. De allí, salieron los tres a pie, hacia la propiedad de los humildes litigantes, que quedaba a pocas cuadras de distancia. Hacía un día espléndido, lleno de sol y de armonía. En los caminos oreados se asoleaban los lagartos y los "horneros" cantaban de alegría en las horquetas de los árboles al construir sus casas con el barro de los charcos.

Ya en las fincas propias, el Juez ordenó a cada denunciante a traer al límite de los dos linderos,

que era un campo ralo, ambas manadas de pavos. Luego de largo llamar, comenzaron a llegar las aves inocentes y aturdidas. El silbo agudo y la aparatosa fastuosidad de la familia producían una baraúnda de corral. Ya presente las dos tropas de pavos, Ño Lucas les tiró maíz dentro de un círculo convencional y exigió que mezclaran bien los animales. En esa amigable fraternidad los dejaron largo rato. Cuando terminaron de comer, los gallináceos empezaron voluntariamente a dispersarse en dirección a sus viviendas. Poco a poco, el supuesto corral quedó desierto ante el asombro expectante y mudo de los presentes. De pronto, la Vilte reconoció a los veinte pavos que tomaban camino hacia su casa y presa de satisfacción moral aseveró al Juez la razón de su disputa. Los tres animales raptados se plegaron a la tropa. Ellos mismos legitimaron el sentido de la propiedad y de la raza. El procedimiento singular, práctico y curialesco del Juez en hacer justicia, lo había sorprendido a Tobías Zerpa en su propia falta a la verdad. Ño Lucas lo miró fijamente y previa una reconvención enérgica, lo condenó a pagar un peso moneda nacional de multa, de acuerdo al arancel provincial por honorarios de actuación judiciaria. En cambio, la comadre Vilte le envió al día siguiente — sin humorismo alguno — un enorme zapallo de regalo. El Juez

de Paz sintió una alegría infinita, creyéndose un verdadero apóstol de la justicia y un nuevo Jesucristo de los pobres.

Estos recursos de la astucia criolla, pasaron con el tiempo a la popularidad y a la leyenda. Ño Lucas Corte, reconocía que ese fué el único acto de equidad en las formales obras de su vida y deseaba ejercitar sus ingénitas intuiciones de virtud civil en el destino de los pueblos. El hado fué adverso al principio, más las ironías de la democracia lo han consagrado — héroe de Mar Twain digno para una comedia grotesca de sorpresas y costumbres provincianas.

UNA RIÑA DE PERROS

Al terminar la hierra del ganado en la estancia de La Almona, todos los paisanos quedaron satisfechos. El desarrollo de la marcada fué para ellos un verdadero torneo de holgorio, de agilidad y de destreza. En la vida pastoril, el ''pial'' de los animales chúcaros y la doma de potros es una disciplina de coraje y de experiencia criolla. Todas las faenas rústicas y audaces los llena de una indómita altivez de poderío; atributo de la raza y la tradición campestre. Abierta entonces la tranquera, los animales, en confuso atropello, salieron al galope; bramando y saltando los toros y tirando patadas al viento los caballos. Relinchos y balidos, conmovían en estridente bulla la paz serena del ambiente serrano.

Listos ya en nuestros caballos, tomamos rumbo

hacia la casa del puestero. En entusiasta gregue-ría, atravesando lomas, riachos y valles llegamos a la vivienda, situado al pie de una atalaya montañesca. Inmediatamente la dueña de la casa nos obsequió con grandes jarros de "aloja" y de "chicha". Desensillamos los brutos y luego de un breve descanso en el largo corredor nos trasladamos a la quinta a presenciar una original riña de perros. La cancha de combate estaba preparada en medio del trebolar, a orilla de una amplia acequia de agua dulce y cristalina. La estación primaveral estallaba en la belleza de los duraznos y manzanos en flor, en las yemas hinchadas de las viñas verdes y en las granadas abiertas como bocas de mujer. Sombra y aromas auspiciaban nuestra placidez orgánica, mientras a lo lejos huía el sol en su cuádriga de fuego.

La riña de gallos y de perros es una de las diversiones más comunes en las tierras del norte. En toda fiesta civil o acontecimiento familiar ellas representan el culto de una vieja tradición deportiva. Los auspiciadores de estos torneos de sangre y de barbarie son gentes sin ningún sentimiento de humanidad ni de cultura. La mortificación física de los animales produce un placer indefinible, una embriaguez salvaje y primitiva de perversidad. Hoy, poco a poco, van extinguiéndose estas costumbres, atavismos obscuros y crue-

les de razas sin corazón ni inteligencia.

Alrededor de la cancha han formado un cerco los paisanos con sus ponchos. La próxima lucha los llena de curiosidad nerviosa y expectante, les remueve el légamo sombrío de todas las pasiones sanguinarias. Varios apuran la libación alcohólica, mascan coca y pitan fuertes cigarrillos de chala. De pronto surge un murmullo general y aparecen los peones con los perros, traídos por distinto sendero. Los animales llegan saltando y moviendo la cola por hacer cariños a sus amos. Los inocentes han almorzado comidas acerbas y picantes, preparadas ex profeso para arrebatarles la sangre y los sentidos. Desde que se han visto, los canes comienzan a gruñir y abalanzarse. El uno es alano, de cruza danesa, alto, de piel blanca y suave, manchada de castaño obscuro. Tiene cara fina y aguda, orejas breves, nariz sonrosada y ojos negros y tristes. Cuerpo largo y patas firmes denotan agilidad y soltura para la caza y la contienda. El otro, de color amarillo, es cuidador de ovejas y ganado. Una lana crespa y tupida cubre todo su cuerpo, remachando en la cola como un florón guerrero. Las manos son como garras, de uñas grandes y afiladas. La cabeza es tosca, orejas cortadas, ojos de córnea roja, boca ancha, carrillos abultados y bigotes duros. Am-

bos son imponentes por su aspecto recio y marcial y provocan por ello dudosas conjeturas.

De pronto el círculo de espectadores se ajusta y sueltan adentro los perros. La riña comienza. Los animales dan un salto, se atropellan, se cazan y se tumban a tierra. Primero gritan, luego gruñen, después resuellan roncamente. La batahola se enciende. Los canes están trenzados, se paran en dos patas, se muerden las manos, la cara, el cuerpo. Los mordiscos son profundos y enérgicos. Se paran y vuelven a caer. Mientras tanto la gente celebra ruidosamente la baraúnda y abren los ojos con avidez brutal para no poder detalle. Una satisfacción animal los regocija profundamente. Las apuestas y los desafíos se inician por diversas sumas. Se ha formado un bando en favor de cada combatiente. Los dueños miran risueñamente el vigor y la hazaña de sus perros.

El ensañamiento es ciego, despiadado, delirante. Las dentelladas son cada vez más crueles y tremendas. Ya no gritan; es una lucha sorda, agresiva, constante. Jadean y se revuelcan por el suelo, empapados de sangre y de baba. El blanco pega un aullido, mientras el otro le arranca de un mordisco la mitad de la oreja izquierda. La sangre brota abundante, le mancha la cara, el cuello y sigue corriendo por el pecho. El otro tiene heridas en las patas traseras, en el vientre, en la na-

riz. Todo el mundo está agitado y violento. Una inquietud de zozobra y de victoria los acicatea intensamente.

Los perros ruedan por el suelo, clavándose los dientes sin cesar. En un desliz el blanco se prende del moflete del otro y le desgarra de un tirón la carne, dejándole ancha herida. La dentadura del amarillo, lado derecho, queda al descubierto, sangrienta y horrenda, como una carcajada trágica y macabra. Entonces la furia es brutal y de nuevo se tumban, las patas les flaquean y ya no pueden tenerse en pie. Ahora nadie se conduele por darles una tregua. Es necesaria la decisión final. Al contrario, todos los azuzan, les gritan y los pinchan con palos para acelerar el triunfo.

En ese instante los adversarios no se mueven, están quietos en el suelo, los cuerpos vencidos; el blanco abajo, lleno de fatiga y desesperación. Ambos tienen la piel del lomo erizada y las colas duras y extendidas. Las caras están desfiguradas por la hinchazón, la sangre y la tierra. Parecen mártires, taladrados de tajos y de marcas, partes del cuerpo desolladas, dejando ver la carne viva y horribles cicatrices. En esta situación, las apuestas se redoblan. La gente vibra fascinada por la emoción del sufrimiento canino, por la maldad y la espantosa cobardía de sus goces favoritos.

El final de la lucha está próximo. Los perros desesperados de dolor ya no tienen brío. El golpe decisivo es cuestión de segundos. Inesperadamente el amarillo toma ánimo, se levanta, provoca un tumulto en la rueda y de un salto rápido clava sus colmillos en la garganta del otro. Ambos caen, el blanco no puede morder y solo atina a manotear y defenderse con las patas. El otro permanece firme, enfurecido, sin largar la presa y ajustando cada vez más la mordedura en las carótidas. Hay una desesperación unánime por la situación difícil y peligrosa del blanco, a quien la vida se le acorta rápidamente. Intenta desasirse, mas todo es vano. Quiere gritar, abre la boca y sólo larga una especie de sollozo. No cabe duda, la agonía lo consuela con la asfixia de la muerte. El amarillo no suelta, está quieto y cierra los ojos. El vencido empieza a temblar, aceza y gruesas lágrimas inundan sus tristes ojos negros. Alguien quiere separarlos, pero el patrón se opone porque está en juego el dinero, la bravura y el prestigio de su can.

Cuando en los concurrentes pareció haber nacido al fin un sentimiento de amor y de piedad, ya era tarde. El perro blanco se estiraba por última vez para quedar muerto entre el charco de sangre, con los ojos salidos de las órbitas y la cara negra. El otro, de cansancio, permanecía en

la misma actitud, corriendo la vista a todos lados. En silencio, miraba a su dueño, sin interés, ni cariño, implacable en el sacrificio postrero de su víctima. La serenidad del canicidio era su único orgullo y su único castigo.

Un llanto de criaturas sacó a todos del estupor salvaje. Eran los "changos" de la casa que lloraban la muerte del alano. Un peón arrastró al sobreviviente hacia la acequia a refrescarlo, mientras al otro lo metían en una bolsa para tirarlo al río o darle sepultura junto al tronco de un naranjo. La riña había terminado.

Entonces todos se levantaron. Un crepúsculo de oro caía sobre la tierra virgen. El perfume de los campos era apacible y delicioso. Por la serenidad del firmamento pasaban bandadas de loros en dirección al cerro. La tarde se llenaba de murmullos y de trinos. Y bajo el espiritualismo de esa armonía sonora, profunda y bucólica, regresamos a la casa, cabizbajos y mustios, llevando en el alma el estigma de un delito.

SECRETOS DE LA SELVA

Estamos en plena selva de Zapla, cercano distrito de la capital de Jujuy. Una lluvia enérgica y agresiva ha sorprendido inesperadamente nuestro paseo matinal, cuyo destino era recoger moras del cerro. Para proteger la ropa y las monturas del castigo pluvial nos ponemos el poncho y buscamos refugio bajo el paraguas verde de un inmenso algarrobo secular. Su hospitalidad es tan generosa que nos ofrece sin trabajo las largas vainas doradas de sus frutas maduras para deleitar el paladar. Allí descansamos largo rato evocando leyendas nativas, mientras los caballos piafan, dilatan las narices y relinchan briosamente. Como elemento de estío — frágil y variable — la lluvia se suspende y continuamos viaje. Un aire fresco y aromático nos da una plenitud de vida y de en-

tusiasmo. A nuestro paso, las perlas claras de la lluvia se desprenden de las ramas frondosas y repican sordamente en los amplios sombreros montañeses. El silencio salvaje que surgió al desencadenarse el viento y la tormenta se extingue lentamente y las fuerzas multiformes de la naturaleza recobran su actividad febril. Trinos de pájaros extraños entonan una gárrula de fiesta, celebrando el triunfo de la paz, del amor y de la vida.

Salimos de esa semiobscuridad selvática y atravesamos un corto valle, cubierto de verbenas azules, de tréboles floridos, de margaritas blancas y doradillas de color de sangre. Una resolana fuerte y despiadada pone en fuga las últimas nubes de tormenta y un rumor profundo y armonioso se levanta de la gleba ardiente cual si fuese el himno sagrado de los gérmenes. Por el espacio azul pasan bandadas de loros errantes, mientras algunas catitas bulliciosas satisfacen su apetito colgadas en los penachos sangrientos de los ceibos floridos.

Nuevamente entramos en la catedral de la selva por un sendero sin huellas de tránsito humano. La fragancia de la tierra húmeda, las acequias crecidas y la melodía de los trinos avivan el interés de nuestro viaje. El eco perdido de las voces rudas adquiere un acento impresionante. Un caraguay overo y sucio atraviesa audazmente el ca-

mino espantando dos caballos alazanes. Entonces lamentamos la ausencia de los perros y al querer aprontar el arma vengativa, advertimos que el reptil se ha perdido en una inmensa cueva obscura. De vez en cuando, una paloma ''bumbuna'' sopla la corneta lánguida de su canto triste.

Estamos ya cerca del cerro, donde las moras silvestres ofrecen el peligro del barranco y el acecho de sus espinas traicioneras. De pronto el viejo Vilte, que rastrea el camino, manda detenerse. Ha visto caminar a menos de cien metros un zorro montés, llamado Juan por los paisanos que juzgaron su idiosincrasia vivaz, dañina y rastaquera. Al fin estamos frente al enemigo eterno de los perros, a la pesadilla nocturna de los puesteros cerriles, al raptor de gallinas gordas y sabrosas, de pichones tiernos e indefensos. Alguien quiso preparar el arma justiciera, pero Vilte — viejo conocedor de tradiciones — ordena apearse y avanzar prudentemente. El zorro está ahora sentado sobre sus patas traseras y aúlla secamente. Cuando se calla piensa y corre su mirada penetrante a los cuatro puntos cardinales. Luego camina otro breve trecho y se detiene sacudiendo la cabeza humedecida por las gotas de lluvia que todavía filtran del follaje. El zorro ejerce una atracción hipnótica sobre nuestra curiosidad y no nos apercibimos la razón de su presencia, hasta

la explicación de Vilte que nos señala atención a una rica lechiguana, sujeta al extremo de una rama de urundel. La lechiguana es una colmena esférica y grisácea de abejas silvestres. Su miel clara, abundante y sana es manjar tentador y anhelado. Superior al ''puisquillo'' que trabaja sus panales bajo tierra, no ofrece tampoco el peligro de los bravos ''moro-moros'', ni los ''mestizos'' que ubican su colmena en las horquetas altas de los viejos árboles secos. Hasta el ''camoatí'' y la abeja de Castilla, que ocultan su actividad en el tronco del quebracho, tipa o pacará, ha sabido el zorro despreciar con filosofía. Sin duda que ha saboreado tierna carne blanca y está resuelto a festejar ese banquete. Juan está nuevamente pensativo. Mira para todos lados y va y viene por frente de la lechiguana encantadora, que se balancea suavemente casi a ras de tierra.

La presencia de la colmena lo excita y su nerviosidad es pecadora. La frescura penetrante de la selva umbría contribuirá al vuelo pesado de las abejas que abandonarán las celdas sin retornar largo tiempo. Las posturas quijotescas del animal, sus orejas rectas, su piel flava con manchas pardas y la constancia de su cola enarbolada provocan una infantil comicidad.

De pronto, se aleja un trecho y rompe una carrera veloz, pegándole al pasar un colazo a la le-

chiguana indefensa, para desaparecer luego entre el matorral de yuyos. Creemos que no regresa. El enjambre de las abejas aturdidas va saliendo con su zumbido amenazante. Ha pasado un rato cuando miramos aparecer nuevamente a Juan. Se desliza arrastrándose por el suelo como un lisiado mientras levanta cuidadosamente la cabeza. Observa la colmena, se lame los bigotes castaños y endereza las orejas para sentir mejor. Las abejas han huído y algunas se internan perezosamente por los alvéolos. Mas he aquí de nuevo que Juan arremete castigando a la carrera los panales furiosamente con su cola. Dos golpes así y se pierde en la cercanía. Todas las abejas hacen su desbande general. La violencia del golpe las ha encolerizado y buscan desesperadas donde clavar sus aguijones vengativos. Una que otra más pequeña, se pasea todavía sobre la cáscara agitada. Pasado un instante más breve, Juan reaparece y acomete sus últimos empujes. Luego se oculta tras el tronco del urundel a juzgar la calma del ambiente. Seguimos admirando esa táctica maravillosa del animal que ahora avanza con sigilo. Contempla por última vez la colmena y de un zarpazo la parte por mitad. Juan vuelve a mirar a todos lados, mientras del panal herido cae al suelo un hilo de miel rubia y cristalina. Satisfecho de su obra, hunde el hocico en la dulzura hasta embriagarse

con la plenitud de un dios. Desmenuza la simetría de las celdas y la abundancia de la libación es tan grande que se ha empapado las manos destructoras. Queda repleto, contempla la otra mitad con desgano y retirándose luego algunos pasos se tira a descansar bajo el amplio árbol protector.

Ante esa revelación salvaje de la selva, nosotros admiramos la inteligencia asombrosa de Juan, su disciplina para el peligro, los recursos del ingenio y el refinamiento delicado de sus gustos. Jamás se pensaría que un triste zorro — sombra amenazante de los gallineros montaraces — tuviese la educación de los sentidos tan aguda para vencer todos los obstáculos de su voluntad y su apetito. Fué entonces cuando el viejo Vilte nos indica hacer fuego al aire para revelarnos otra nueva sorpresa. La descarga se produce cerca del sitio donde Juan reposa, y al mismo tiempo advertimos que éste se tumba exánime en el suelo. Avanzamos y lo encontramos trágicamente muerto, pero sin tener ninguna herida. El hocico está cicatrizado por hilos de miel endurecida. Le empujamos con el pie inútilmente y reconociendo esa sorprendente simulación de muerte para defender la vida — y en la resurrección que hará cuando se encuentre solo — le abandonamos sin hacerle daño, pensando cómo era posible todavía que en el misterio de las selvas argentinas va-

gase este sibarita astuto y eminente, de un humilde Himeto anónimo para la civilización del mundo.

LAS FIESTAS AGRARIAS

Cuando amanecía aquella luminosa mañana de estío, en la casa del viejo Chiliguay se advertía un inusitado movimiento. Todos madrugaron para alistar con tiempo los trebejos de labranza agrícola. Su mujer andaba desesperada, señalando el cabrito y los patos que con todo el dolor de su alma iban a sacrificarse al instante. En la huerta, al lado de un sauce llorón, el horno crepitaba, llamando a sus extrañas rojas el asado con cuero y las empanadas criollas. Bajo el corredor, en anchas tinajas de barro "la chicha" fresca fermentaba. Del pueblo trajeron también vino y aguar diente para halagar el postre de los convidados. El trajín y el apuro de la actividad casera, respondía a que ese domingo había "minga" en la finca de Popayan.

La "minga" es una costumbre rural del antiguo comunismo indígena que se realiza todavía en la provincia de Jujuy. A base de un principio de solidaridad social y económica los hombres de campo fomentan el culto de una obligación común de estímulo y ayuda para cultivar la tierra. Cuando algún arrendero o humilde propietario quiere terminar de golpe un sembradío, elige un día de fiesta y solicita el auxilio unánime y gratuito de todas las relaciones comarcanas. La tarea concluye con la tarde y el trabajo rudo y complaciente no recibe ninguna retribución monetaria. En cambio, en premio de la hazaña, el dueño de casa invita a todos con una opulenta comida y agradables brebajes. Este sistema de cooperativismo mutuo y servicial, al ser deber ineludible, produce con su jubilosa ceremonia democrática la evidencia de la más austera igualdad política y civil.

Una claridad de plata, manchada de carmín, se extendía por la serenidad del firmamento. Sobre la tierra amanecida todo cantaba el triunfo de la vida. La noche anterior había llovido ligeramente y de allí la frescura del alba, el coro de los pájaros, el relincho de los potros y la abundancia de rocío en los árboles, los yuyos y los pastizales verdes. Ese despertar de la naturaleza pródiga y fecunda producía la plenitud de un sentimiento

geórgico y panteísta. A la estancia comenzaban a llegar, poco a poco, hombres, chicos y mujeres. Unos y otros traían coyundas, yugos, cadenas, lazos, machetes, azadas y picanas largas y agresivas. Una gárrula de fiesta inquietaba la diaria tranquilidad de la campiña, mientras Chiliguay les rendía su efusión cordial. Ya en el aprisco, las yuntas de bueyes se encontraban prontas y más allá en el rústico establo, unas mujeres ordeñaban las vacas, furiosas ante el balido triste de sus terneros. A una voz de orden, todos se dirigieron al rastrojo a cumplir con la responsabilidad tradicional y sagrada.

Los bueyes uncidos rompen la marcha perezosamente. Atrás, en amigable algarabía, los paisanos caminan haciendo diversos comentarios sobre la siembra y la cosecha, el tiempo y la sequía, las plagas en los cereales y la hacienda. Los "changos" llevan a caballo grandes damajuanas con "chicha". Los perros corren desaforadamente, husmean los matorrales, hacen volar perdices y se internan en las acequias cristalinas, cubiertas de berros, hierbabuena y toronjil. Por los callejones angostos los chañares, ceibos y pacarás ponen el tono multicolor de sus ramas floridas y aromatizan el aire matinal. En los árboles frondosos los mirlos, las reinamoras y los "chalchaleros" trinan sin cesar. Los kitupies, de pecho ama-

rillo, baten las alas negras al romper su canto de salutación. Algunos tordos reposan sobre el lomo de los caballos que pastan mansamente en los alfalfares, matizados por infinidad de mariposas. De toda la tierra fértil parece levantarse un himno proficuo celebrando la luz del sol, el desarrollo de los gérmenes y la libertad salvaje del amor y la existencia.

Al fin llegamos al rastrojo, donde se abrirán las melgas para la siembra útil y benéfica. Es un campo de una área cuadrada, situado cerca de una loma baja y selvática. Todos se reunen bajo un algarrobo y se descubren la cabeza para iniciar la ceremonia. El viejo Chiliguay, con voz ronca y solemne pronuncia un monólogo alusivo al acto; luego se hincan e invocan en coro la protección de Dios para la buena suerte de la empresa. La ''chicha'' se reparte en vasijas de barro y se derrama por el suelo para que beba también la madre tierra. Una ovación triunfal aclama al jefe de la ''minga''. La liturgia termina en vibrante regocijo. Los peones toscos y recios aprontan las yuntas, se quitan el saco y aseguran sus ojotas al pie y el cuchillo al cinto. En una pequeña ''chuspa'' llevan coca y ''llicta'' para fortificar con ''acullicos'' el estómago en ayunas. La faena comienza. Los bueyes agachan la cerviz, cruje el arado y un surco violento se abre en la

tierra húmeda. Por la herida obscura y profunda se revuelcan gusanos blanquecinos y coleópteros policromos. Las rejas del arado brillan, cercenan las raíces, tumban la maleza y las rayas rectas y firmes siguen su obra destructora y necesaria. Alguna víbora que aparece en el camino es ultimada a rebencazos. Los pájaros bajan a comer los insectos que surgen del desorden de la gleba. Los muchachos entretanto, se han ido a la loma a buscar nidos de paloma, cortar flores de cardo y yuca y recoger frutas de chalchal y piquillín. Al mediodía, llegan las imillas de la casa, con pequeñas ollas de alimento para los trabajadores. Es un almuerzo frugal y ligero, que al ser rito de devoción permite también un descanso a los bueyes fatigados.

Bajo el rigor del sol estival la siembra se realiza. El gesto de los sembradores, arrojando la simiente sobre la tierra virgen, tiene algo sagrado y promisor. Las rayas se abren de nuevo, mientras atrás un rastrillo de ramas espinudas — apretadas con piedras — va alisando la piel morena y dura del terreno. Se trabaja sin cesar bajo la mirada vigilante del viejo Chiliguay, cuya barba blanca y nazarena lo llena de un aire patriarcal. Al caer la tarde, la rústica labor está concluída y la caravana rumorosa retorna a la alquería, llena de entusiasmo y avidez orgánica. Las mujeres van

contentas y risueñas con gajos de poleo en el sombrero. Alguien echa al viento una canción nativa. Se desatan los bueyes tristes, sudorosos y sedientos. En la casa, la cena centraliza el pensamiento recreativo de todos los paisanos satisfechos.

A media noche, con el mareo del vino, el sueño y el cansancio, los chacareros se encaminan en silencio hacia sus ranchos. Van resignados de la suerte de ser pobres y haber cumplido con la "minga" de ese año. Esta sencillez de vivir, dóciles a la constancia de los ritos legendarios, descubre el alma ingenua de la raza y su optimismo por todo lo que fraterniza con la modalidad de su espíritu en la selva, el valle, el río o la montaña.

EL PLACER DE LA VENGANZA

Bajo un sol abrasador y penetrante atravesamos a caballo el campo de Los Alisos. Por el angosto sendero de viaje, los perros avanzaban adelante, batiendo al viento — como a las rotas — sus lenguas rosadas y sedientas. En la inmensa llanura desierta apenas existen a la distancia algunos ceibos y viejos algarrobos. Sobre el pasto verde, manchado de florecillas silvestres, vuelan mariposas blancas y amarillas. En medio de ese sopor de siesta — lleno de paz infinita y profunda las ondas de calor estival nos sofocaban con vehemencia. Esa embriaguez de fuego nos producía una desesperación insostenible. Teníamos sed de agua fresca y de sombra. Y ante el desasosiego orgánico tremendo, resolvemos hacer un breve descanso, bajo un algarrobo frondoso y som-

brío, a cuyo tronco corría un arroyo silencioso y cristalino.

Llegamos y mientras aseguramos las riendas de los caballos en las ramas fuertes del árbol, los perros se han internado en el agua. Beben ruidosamente y se arrastran con gozo entre las ondas frías del arroyo. Miran el agua turbia y agitada y luego salen a la carrera, para revolcarse entre el pastizal espeso y ardiente. Aclarada el agua, nosotros también calmamos nuestra sed y nos sentamos a reposar sobre unas piedras cobrizas y morenas. El algarrobo nos ofrece la techumbre primitiva de sus ramas. Sobre su tronco áspero y rudo — taladrado de cicatrices como un héroe — se extiende un musgo primoroso y sutil. Es una especie de manto ducal, color esmeralda pálido, tachonado por estambres de oro. En algunas ramas secas "las flores del aire" y las "pajarillas" campestres hacen alarde de su floración estival. Luego unos helechos crespos, manchados de lila y púrpura, provocan una curiosidad botánica. Mientras tanto, el sol arde con furia y en medio del silencio unánime apenas se escucha de vez en cuando el chillido del coyuyo, el canto del hornero o el silbido errante de una perdiz cansada.

De pronto nuestro reposo y conversación serena se ve amenazado. Por la orilla del arroyo vemos avanzar una serpiente, en alto la cabeza y sacan-

do afuera su flecha aterradora y mortal. Es de regular tamaño, de vientre blanco y sonrosado. Sobre el lomo brillante y amarillento se destacan algunas manchas obscuras. La serpiente se acerca, sin darse cuenta de nuestra presencia. Mas cuando nosotros nos aprestamos para ultimar a la enemiga, notamos un fenómeno extraño y sugerente. Se ha detenido en un pedazo de suelo, desprovisto de hierba. Sobre esa gleba pelada su presencia adquiere proporción. ¿Qué hacemos? El rebenque está listo en nuestras manos, pero entonces vemos con estupor que Remigio Panta — el viejo puestero de la estancia — sonríe irónicamente. En seguida nos indica no inquietarnos y observar con confianza al reptil. Se trata — dice de una pelea singular, de un duelo terrible, de un secreto trágico de las selvas de Jujuy.

En efecto, miramos y nuestro espíritu se llena de expectación. La serpiente está sitiada por un "San Jorge", al cual no habíamos distinguido antes. Este animal es un insecto himenóptero, de color bermejo, élitros sonoros, antenas castañas y caminar vertiginoso por el suelo. Su veneno es tan activo y mortífero que de su picadura no hay remedio de salvación científica. Habita en el monte y se alimenta de arácnidos ponzoñosos. Las arañas grandes y velludas son su festín más favorito. Las mata y luego les devora los sesos, como un

troglodita bárbaro y sangriento. Entre su mayor adversario está la serpiente, y he aquí por qué tenemos la suerte de verlo ahora — frente a frente dispuesto a revelarnos el sabor amargo de su odio y el sentimiento secular de su venganza.

La lucha comienza. El ''San Jorge'' camina lentamente por el suelo, mientras la serpiente, advirtiendo su peligro, se levanta sobre el medio cuerpo. De pronto el insecto empieza a volar con una ligereza asombrosa alrededor del reptil. Su vuelo es un círculo cada vez más estrecho. Una sonoridad zumbante circunda el ambiente. La serpiente prevé la amenaza funesta y tira a los cuatro vientos su lengua bífida y terrible. Una tensión nerviosa nos estremece de terror cuando notamos que el ''San Jorge'', en una desviación del vuelo, ha clavado el aguijón en la cabeza del reptil. El insecto huye y se asienta sobre las hojas de un helecho cercano. Se lame las antenas y parece observar a la serpiente que se revuelca en el suelo, llena de desesperación y sufrimiento. Se enrosca geométricamente, se hace línea ondulada, se cimbrea como una hoz. El dolor de la picadura parece enloquecerla de cólera. Pasado un breve instante, se torna quieta en forma de espiral y de nuevo saca su flecha rosa. El ''San Jorge'', que ya ha descansado lo suficientemente, reinicia el ataque. La serpiente se desenvuelve rápidamen-

te y se apresta a defenderse. Sin embargo, todo es inútil. Ahora el insecto es un remolino fascinador, que inyecta su veneno sin compasión sobre la cabeza vibrante del reptil herido. La pobre no acierta a vengarse; su lengua está ya color escarlata y el cuerpo, más vencido, comienza a flaquear. El "San Jorge" no perdona en ultimar a su enemiga. Cansado, al fin, de tanto picar, se asienta en el suelo, pero ahora ya más cerca de su víctima. La serpiente se enrosca con violencia varias veces y luego se estira a lo largo perezosamente. No se mueve más y por la boca abierta arroja un líquido viscoso. Cuando nosotros creíamos que aquì terminaba este episodio sorprendente de tragedia, vemos que el insecto avanza a juzgar sin duda su victoria. El sentido de la muerte parece conocerlo, porque de súbito se ha subido al lomo del reptil y comienza a pasearse ligeramente, desde la cabeza hasta la cola. Luego de practicar este ejercicio bárbaro y macabro, se detiene sobre la cabeza exangüe. Allí parece revolver con las antenas y la boca las heridas de sus picaduras. Quiere roer là membrana de la envoltura cerebral, pero su dureza lo decepciona. Entonces se queda quieto un rato, a gozar el placer de su ira y su crimen. Después, serenamente, alzó el vuelo y se perdió satisfecho en la lejanía del espacio.

Al terminar el drama silencioso y terrible, Panta, golpeando el talero sobre su bota de caña, nos cuenta que estos casos son muy comunes en la sierra. Entre los diferentes animales salvajes reina un antagonismos odioso y destructor. La naturaleza fecunda este culto eterno de la muerte. Sin embargo, el acontecimiento que acabo de relatar, lejos de conmovernos nos sorprendió por su significación moral. El sacrificio despiadado de la serpiente era una enseñanza de justicia. Aquí tenemos la elocuencia del castigo — no en el dominio representativo de la fuerza — sino en la venganza del destino. El sentimiento del mal germinará siempre cosechas de traición y de martirio.

El cielo entretanto se había nublado y la vislumbre del sol era ya oblicua y soportable. El perfume de los campos floridos y la frescura de la brisa acicatan nuestra ansia de partida. Los perros van triscando por la senda mientras los caballos retozan, y una multitud de pajarillos ensayan sus trinos sobre la copa de los árboles. Panta comenzó a cantar una vidala. Mas en el fondo del espíritu, llevábamos el recuerdo profundamente humano del secreto simbólico y justiciero de la selva.

SUPERSTICIONES DEL NORTE

Camino de la estancia de Guerreros, distrito jurisdicional de la capital de Jujuy, íbamos a caballo en compañía de Teófilo Bustamante y Casiano Colque una noche de estío. Ya habíamos dejado atrás el Huaico-Hondo, Los Molinos y corríamos por la orilla del río de Reyes. Nuestra conversación con el peón era infatigable y entusiasta. Colque, campesino viejo y rústico, poseía un conocimiento vivaz y científico de todas las leyendas y fábulas nativas. Su seguridad para contarlas y el espíritu cómico de sus frases, rebulíian de fruicción nuestra curiosidad cosmopolita. Y con el recogimiento solemne de una confesión folklórica comenzó a explicarnos la odisea secular de una superstición lugareña.

El misterio fascinante de la noche profunda

gravitaba sobre el alma tímida e ignara de Colque. Algunas luciérnagas y tucos encendían sus pupilas luminosas y fantásticas por la obscura cercanía. El croar de las ranas y el grito de los grillos celebraban el apogeo musical de un concierto bucólico. Luego un "ataja-camino" sugerió el maleficio del mal presagio. Sin embargo, este pájaro nocturno y agorero, que volaba incesantemente delante de nuestros caballos, no desanimó a variar el sendero de viaje, ni a sepultar la intriga extraordinaria de la revelación anunciada.

Colque, nos habló de la "viuda", espíritu fraternal de los gnomos, aparecidos y fantasmas. Esta "viuda" es una sombra amenazante y funesta de los caminantes nocturnos; ánima en pena que vaga por los campos y las ciudades solitarias. Sobre el destino de su origen pesa una maldición martirizante de dolor y sacrificio. Su verdadera creación obedece a diversas conjeturas amorosas, quizá a una prevención sobre el deber imperioso de la fidelidad conyugal. La imaginación popular ha exagerado las diversas fases y características del relato. Mas en el fondo de la tragedia folklórica está el simbolismo del verdadero castigo sobre la traición humana.

Errante, triste y sola como una desterrada, esta sombra sufre la aciaga carga del desamparo y la desdicha. Su único consuelo es llorar en la alta

noche su arrepentimiento tardío, sentada sobre una piedra, o silbar entre las breñas obscuras de los montes. Ella suele aparecerse para vindicar los desmanes de los hombres audaces y calaveras. Su presencia enigmática y fatal llena de pavor el espíritu intenso de los seres. A los noctámbulos beodos y perversos los provoca en las encrucijadas de las calles desiertas; a otros los silba cuando atraviesan a caballo el campo espeso; ya regresen del pueblo, de una fiesta o de una cita de amor. Envuelta con una manta negra, aquella "viuda" es un despojo de mujer doliente. Alta y magra, su único encanto visual es el misterio eterno del luto y el crujir de sus enaguas bien almidonadas. Nadie se atreve a saludarla, ni quitarle el manto, ni responderle el silbido de su boca infernal y descarnada. La experiencia de los paisanos tunantes y valientes está duramente castigada. Aquel que osó reirse o perturbar al fantasma solitario, murió irremediablemente entre un vómito de sangre y una convulsión cardíaca. Con este ejemplo de tragedia brutal y despiadada, nadie tiene valor suficiente para descifrar el secreto de la desconocida. Es una mala mujer que va penando en la muerte, todo el daño moral que cometió en su vida. Lo demás nadie lo sabe...

Impresionados por la fuerza emotiva del relato nosotros comprendimos la profunda superstición

de estas gentes que rigen su suerte por los signos del tiempo, el canto de un ave o la humedad de una piedra bajo el furioso sol estival. Ese sentimiento de sugestión imaginaria hacia lo sobrenatural es temerario y funesto para sus pobres existencias. La obsesión de la superchería, llega desde lo trágico a lo ridículo. Pero no hay nada que hacerle para que reflexionen. Sus espíritus están demasiado ligados a la tierra.

De pronto, unas nubes negras comienzan a cubrir la lumbre clara de la luna y la serenidad del firmamento. Las estrellas desaparecen al conjuro atmosférico del tiempo. Un viento fresco y húmedo anuncia lluvia. No cabía duda, la tormenta se alistaba precipitadamente. Y ante la evidencia de la tempestad — en plena intemperie — castigamos los caballos para activar el viaje.

No había pasado media hora cuando empezaron a caer unas gotas fuertes y variables. Relámpagos continuos alumbraban la obscuridad del camino y destacaban bajo su breve resplandor la silueta cercana de los cerros. En la lejanía los truenos redoblaban como tambores de guerra. Un viento más enérgico comenzó a zumbar entre los árboles y luego un chaparrón de agua se descargó sobre la tierra. Esta operación acústica y física de los elementos despertó una sospecha de temor en Colque. Afligido nos rogó guardar respeto y

silencio profundo y no contestar ni por osadía ese silbido agudo y penetrante que hendía las corrientes del espacio.

La lluvia irrumpía con más vehemencia, mientras el río arreciaba el tumulto de su corriente ronca y abundante. Ya había llovido sin duda en el cerro, porque la corriente de las aguas arrastraba sin compasión las piedras de su lecho y los troncos y árboles caídos de la costa. El viento venía cimbrándose desde lejos como un látigo, aullaba al cortarse entre las ramas tentaculares de los árboles y huía silbando como una bala perdida. La sombra de la noche era cada vez más profunda y los truenos bramaban de ira en la inmensidad. A lo lejos, se incendió de súbito el espacio, sonó un estampido eléctrico y luego vimos perderse fragorosamente hecha pedazos entre las nubes densas una flecha de fuego. Era un rayo. Colque estaba estremecido de terror y nos anunció el presentimiento de la "viuda". Como por un contagio psíquico los caballos erizan las crines, paran las orejas, extienden la cola y piafan bruscamente. Un espanto singular los atemoriza y delatan el fenómeno del miedo. Corren nerviosos e indomables bajo el tremendo aguacero estival. ¿Qué hacer? Guarecerse, imposible. Entonces Teófilo que reía de todo, resolvió asustar a Colque. Rugía la tormenta y el viento soplaba más apa-

sionado y furioso. Colque desesperado se persigna y comienza a rezar, mas en ese instante religioso Teófilo lanza un silbido y entonces como por un resorte el peón rompe a galopar violentamente. Nosotros le gritamos detenerse, que fué una broma de la "viuda", más nada nos atiende ya. Los tres corremos como sombras de crimen y pesadilla. Los cascos de los caballos iban chapoteando el barro del camino. El sentimiento del peligro físico de una caída nos inquietó nerviosamente. Golpeando las alforjas, tendido sobre el lomo del animal, clavando las espuelas en los ijares, Colque galopaba como un Quijote enloquecido. Atrás, nosotros como dos escuderos de aventura, seguíamosle gritando fuertemente.

Cuando más tarde llegamos a la estancia creíamos haber resucitado. No comprendíamos como estábamos sanos después de tanto albur en la carrera. Los pobres caballos temblaban ante el látido de los perros caseros. Colque estaba como idiotizado por el susto. No habló palabra y entre un abierto llanto de congoja se fué a dormir arrojando sangre por la nariz y la boca.

Al día siguiente consultamos el caso a un arúspice de la comarca. Previa nuestra información dramática, nos sentenció que seguramente le había salido la "viuda". Esta opinión de ridícula acracia intelectual la confirmó Colque tres días

más tarde cuando se levantó convaleciente de la cama.

—No me ricuerden niños — nos decía. — Cuando ustedes la silbaron a la "viuda" yo me dí güelta y la vi sentaita en las ancas de mi alazán. Después no sé más. Por un milagro de la Virgen me he salvao.

Nosotros sonreímos de su candor y su ignorancia. Bustamante, noble abogado, reconoció que habíamos cometido un delito de derecho civil y natural. Pero la culpa fué saludable y reveladora. Aquí comprendimos entonces la tragedia espiritual de estas vidas obscuras e indefensas. Sin embargo, no hay nada que les cure del error en esa tierra, donde la superstición es la sombra moral de sus destinos.

EL CULTO DE LA MUERTE

Tarde de estío. La ciudad de Jujuy, con sus casas antiguas de techumbres de teja y rasgos hidalgos está dorada por un sol violento y casquivano. En ese cansancio de sofocación la monotonía de su vida se aduerme en un silencio trágico. Por sus calles oblicuas se ve de vez en cuando cruzar fugazmente un transeunte peregrino, mientras chicos mal vestidos y díscolos juegan en las calzadas perseguidos por una nube de tierra que los empolva groseramente.

Con mi amigo Adrián López, salimos de la vieja casa solariega en dirección a una cancha de juego. Es día domingo. Vamos caminando por esas calles humildes y advertimos en el umbral de una puerta a una pobre mujer que se lamenta. Miramos. Está sentada, con la cabeza atada, pá-

lida y triste, enseñando la desolación que de su existencia ha hecho el paludismo. La fiebre intermitente y traicionera ha ido paulatinamente marchitando su juventud y su belleza, dejando ya tan sólo una expresión de miseria y pesadumbre. Esa eterna endemia de los pueblos del norte nos llena de conmiseración. Pensamos entonces en la indolencia del gobierno y de los hombres. ¡Pobres seres! ¡La única esperanza para su angustia orgánica es esperar resignadamente el llamado eterno de la tierra!

Llegamos al garito situado en las calles Alvear y Güemes. La cancha de juego es un local humilde y negligente, cuyas rústicas tribunas están protegidas por un gran techo de zinc. Allí encontramos un gentío heterogéneo y exaltado, esperando con impaciencia la hora propicia de la lucha. El interés de la riña ha tenido la virtud de romper los prejuicios sociales y acercar los funcionarios públicos a los artesanos humildes. Una comunión de democracia auspicia la placidez de divertirse como en las grandes ceremonias dionisíacas. En una cantina cercana la cerveza y el vino enardecen la sangre y entusiasman el espíritu de los concurrentes.

Las apuestas comienzan a circular insistentemente y la pelea próxima de los gallos domina el tema de las conversaciones. De pronto surge un

murmullo colectivo y aparecen dos hombres de aspecto rudo y aborigen trayendo cada uno un gallo bajo el brazo. La propiedad de los gallináceos es interesante. El uno es de un albañil holgazán, beodo y pendenciero y a quien la policía reprende y castiga estérilmente. El otro es de un ex juez del Crimen. Este raro magistrado tiene la celebridad de poseer excelentes criaderos. Su preocupación vital — más que sus responsabilidades judiciales — fué adquirir, cuidar y preparar los gallos de pico corvo y duro, de "chuzas" afiladas y rectas, de cuerpo liviano y patas largas y ágiles.

Un sentimiento de curiosidad se enciende en todos los presentes por conocer la pareja de combate. Aquí se admira y consagra la reputación de los animales y se juega el dinero de los apostadores. Breve éxtasis de impresión y luego los conducen a un pequeño circo de arena donde disputarán su riña los gladiadores alados. La gente se ubica en la tribuna circular y un murmullo nutrido y áspero caldea el ambiente.

Han soltado los gallos. El uno, propiedad del ex juez, es arrogante y fiero y tiene en su cuello desnudo una golilla de plumas tornasoles. Su plumaje obscuro, ojos rojos, pico recto y cuerpo abultado completa su imponencia. Mirándolo de lejos su altivez adquiere el aspecto de un cóndor

prisionero. El otro es de cuerpo fino, plumaje gris, cresta sanguínea y cuello lleno de cicatrices viejas. Hijo de raza plebeya, su único orgullo es la agresividad de sus posturas y el brillo de sus patas amarillas.

Aletean. Las exclamaciones de júbilo y las ofertas florecen. Los gallos con su experiencia proterva se muestran impasibles. Caminan lentamente. Agitan sus alas y van levantando palitos o pequeños objetos del suelo que arrojan sobre sus lomos sedosos. Han recorrido en esta forma un semicírculo. De pronto rompen con violencia esa diplomacia de expectativa y se acometen. La riña comienza. Ruido de alas, caídas de cuerpos, tirones recios y sanguinarios para desasirse del picotazo cruel alegran los ojos y los sentidos de los espectadores. Los billetes de banco y las monedas de plata caen sobre la arena húmeda del circo.

—Diez pesos al "giro" — grita uno.

—Pago — responde otro.

—Veinte contra quince al negro.

—Acepto.

—Voy cinco más al "giro" — dice un gringo.

—Jugado — responde un mulato chabacano.

—Cien pesos contra cincuenta al negro — oferta uno. Todos se dan vuelta a mirarlo. El apostador es el matarife más rico del pueblo. Breve

silencio de reflexión; luego un comisario senil acepta el desafío.

Un carpintero pedante y bien vestido dice:

—Dos pesos al negro.

—Pago cuatro al mismo — le contestan.

—Tres al "girito".

—Jugado, amigo.

La escala de las apuestas persiste y sube, mientras los montones de dinero son pisoteados por los gallos. Los pobres animales pelean con un valor y una tenacidad de héroe. La sangre de las crestas los ha desfigurado humedeciendo sus plumas brillantes. La lucha es indecisa; nadie vence todavía, el golpe fatal no llega.

—Un descanso sería bueno — gritan. Los dueños aceptan y los separan. Los gallos abren el pico de sed, de cansancio y de ira. Una agitación nerviosa los hace temblar fuertemente. Sus caras están desfiguradas por la tierra, la transpiración y la sangre. El grupo de apostadores los contemplan con una plenitud religiosa. Miran las heridas, la carne desgarrada y señalan ya al futuro vencedor, al favorito oficial. Los bandos se dividen, discuten y duplican las partidas como la bolsa del propietario a quien corresponde el tanto por ciento de las apuestas, más la base del juego en comunidad con el administrador del garito. Pasan cinco minutos.

Ha empezado de nuevo la riña, pero ahora con una pasión violenta y decidida. La furia de los gallos es ciega. Los golpes son rápidos, continuos, fuertes y certeros. El sentimiento trágico de la muerte los acicata a definir su propia fatalidad. De pronto huye el "giro", esconde la cabeza bajo del ala y luego se tumba en un rincón con el pico clavado sobre la tierra. Un terrible "chuzazo" le ha vaciado un ojo, lesionándole también la envoltura cerebral. El otro gallo — cuyo aspecto de cóndor presagiaba superioridad — lleno de heridas frescas y profundas, bate las alas en señal de triunfo. Su clarín ronco proclama la victoria entre el regocijo de voces y aplausos de los apostadores. El ex juez del Crimen está satisfecho de su favorito y de su bolsa. Se inicia el desbande perezosamente.

Yo los miro caminar proclamando ruidosamente su suerte y su alegría mientras recuerdo al gallo extinto y al otro herido y desangrado. Luego pienso en el destino de esos pobres animales cuyo instinto de raza es dar vida a progenies indefensas y útiles para la alimentación, el comercio y el sacrificio inexorable de la muerte. Pienso también en el sentimiento de los hombres, en la cultura de los pueblos y en la tolerancia absurda de las autoridades. Hoy, por suerte, en Jujuy ya no se renuevan más estas costumbres. El progreso las

ha desterrado para siempre, elevando así el concepto espiritual de su sociedad y de su civilización.

Con la visión postrera de esa sombra dolorosa abandonamos el garito. En la calle provinciana las mujeres nativas pasean serenamente su hermosura, mientras el resplandor solar va manchando de rubio la inmensidad del cielo azul.

LAS FERIAS DE PASCUA

En las tierras del Norte las tradiciones nativas han creado como carácter social de los pueblos costumbres originales y útiles, alegóricas y tristes. El respeto por los mitos primitivos, que originaron las primeras devociones a la superstición y a la leyenda, perdura con un fanatismo religioso en el espíritu estático de los pobladores cual si fuera la prez de una civilización errante y perseguida. Entre esos ritos civiles, las ferias de Pascua que se celebran en Jujuy tienen una fisonomía propia y singular. En parodia de fundación urbana ellas renuevan todos los años el culto de una herencia ancestral de derroche, de alegría y de comercio.

Llega abril y la gente pueblerina se apresta a celebrar la ceremonia. Al norte de la ciudad ju-

jeña se extiende una larga planicie llamada "La Tablada". Allí, en pintoresco éxodo gitano, se trasladan todos los comerciantes menores de usura y de ocasión. Luego, en una gran línea de tiendas de campaña, improvisan sus viviendas con la apariencia heroica de un campamento militar. Todos esos seres — hombres o mujeres — son gente de filosofía práctica y segura, de moral absurda y vana, de negocios deleznables y penosos. Las autoridades locales admiten con tolerancia pasmosa la implantación absoluta y libre de todos los juegos vedados por la ley. Poco les importa la responsabilidad legal de los garitos, ni la explotación del vicio y la ignorancia cuando los impuestos fiscales fructifican en favor de las exhaustas arcas del Estado.

Sin embargo, en otros tiempos estas ferias eran punto de centralización comercial y económica, mercado de haciendas, de productos nacionales y de industria general. Del Perú, Chile y las comarcas cercanas llegaban viajeros extraños con pensamientos de transacción y de fortuna. Entre esa invasión de conquistadores nuevos, aparecían también los comerciantes palurdos y aborígenes de Bolivia trayendo en sus recuas de burros y llamas grandes cargas de frutas, piezas de plata, utensilios de barro y tejidos codiciados y valiosos. Durante un mes la caravana exótica realizaba

con resignación y pesadumbre esta peregrinación fenicia. Mas ellos eran felices, porque regresarían a sus lares con fuertes provisiones de maíz, alimento eficaz y sano para sus vidas perezosas y aburridas.

Bajo el aspecto económico las ferias han perdido actualmente su valor. Nada representan ya para Jujuy como exponente de progreso ni de cultura. La tradición interesante y honesta se ha corrompido por la avidez desenfrenada del derecho impositivo. La orgía de la ley ha provocado un caos de perdición social. Por eso, lo único que perdura en agonía es el carácter sombrío y doloroso del folklore original.

Estamos en La Tablada en los días de Pascua. Una muchedumbre inquieta y monótona visita desde el amanecer las ferias. Los comerciantes aborígenes reposan al aire libre, ofreciendo al público sus diversos artículos. Visten ponchos talares y abrigados. A su lado las mujeres destacan la extravagancia de su moda ríspida y barroca. Usan amplios sombreros ovejunos, rebozos floreados y polleras rojas, verdes, amarillas, rosadas y violetas. Ellas ayudan a vigilar el negocio; mientras tanto las imillas preparan las meriendas de sabor acre y excitante. En las carpas cercanas se prologa ya la iniciación festiva. Esa confusión de razas y costumbres antagónicas avivan el interés

de la vagancia. Y en medio de una alegre expectativa se inaugura esta parodia vaga y descolorida de las famosas ferias sevillanas.

La liturgia definitiva de los ritos comienza al mediodía. Es un despertar imperioso de los sentidos humanos, conmovidos por la fascinación de un erotismo dionisíaco y pavoroso. Todo el pueblo de la ciudad jujeña se ha volcado en La Tablada. Los carruajes pasan atestados de mujeres hermosas y sonrientes. Se inicia entonces, al frente de las carpas, una especie de corso civil entre la muchedumbre de peatones errabundos. El bombo, mientras tanto, golpea la monotonía de su acento sordo. En todas partes los paisanos ebrios entonan canciones amorosas y dulces, ardientes y provocativas. Un desasosiego enloquecedor y nervioso apresa el espíritu de los concurrentes. Gritos, risas y cantares ponen el entusiasmo alucinante de las saturnales primitivas. Las orquestas nativas arrecian la melancolía profunda de su música emotiva. Luego de una impresión visual, el público se divide en bandos de propósitos. Unos compran frutas, tejidos y trebejos indígenas. Otros, monturas, cueros de tigre, ponchos de vicuña y riendas de anta para domar potros salvajes. En ese destino de pensamientos distintos fenece el día lentamente. Mas cuando aparecen en el cielo las primeras estrellas, la mitad de la mul-

titud emprende el regreso al hogar, presa de un fervor religioso cual si hubiera asistido a la fiesta más cara de un paganismo secular.

Llega la noche y la parranda continúa con vehemencia. Es una bacanal agreste y sonora, inconsciente y brutal. Hombres y mujeres alardean de su beodez y derrochan el dinero con placer. Los músicos repiten con amor sus piezas favoritas. Son tangos, cuecas, zambas, gatos y chilenas que tienen un acento profundo de dulzura. Flautas, mandolines, guitarras, arpas y acordeones confunden la armonía de sus ritmos melancólicos. Ahora la fiesta dionisíaca vibra en su apogeo.

Entramos en la carpa. El recinto, débilmente iluminado, es sencillo y sugerente. A los costados, en largos bancos de madera, descansan parejas soñolientas. Al fondo, al lado de la pequeña cantina, se destaca la democracia de la orquesta criolla. Entre todos los presentes reina una confianza familiar. Las copas circulan de mano en mano, desbordantes de cerveza, vino, "chicha" y aguardiente. De pronto el arpista se levanta y anuncia como en el coro de una tragedia primitiva la iniciación del baile. Suenan los instrumentos y la danza comienza. Las parejas vacilan, algunas mujeres sentimentales se resisten, pero la voluntad temeraria del hombre triunfa inexorablemente. Ya es una cueca armoniosa y serena,

ya un gato enérgico y ágil, ya un bailecito ingenuo y cerril o ya un tango voluptuoso y ardiente. La fiesta los embriaga con un entusiasmo arrebatador y delirante. Las horas pasan y todos continúan bailando con una devoción religiosa y fanática. Así danzan sin cesar, satisfechos, trémulos, llenos de fervor, de pasión y de locura. Los bailarines diestros han provocado un desafío. Una rueda de admiradores los circunda con su aplauso y estupor. Ellos enseñan la agilidad de las posturas, la perfección de los giros y la contorsión espasmódica de los músculos. Las manos van golpeando los compases, mientras preparan la ovación final que lisonjea el orgullo de los triunfadores. El interés del holgorio ha atraído también a los funcionarios públicos del gobierno local. Esa fraternidad social los conmueve de idealismo democrático. Luego el comisario de turno preside la bacanal y todos se confunden en este torbellino de perversión humana.

Así pasan las noches y se renuevan los días con idéntica actuación. Nada importa la pelea que surge, ni el insulto que hiere, ni la moral que cae, ni el epílogo trágico de alguna vida anónima. La diversión es un deber, una necesidad orgánica, una ley inflexible de la tradición remota. Estas ferias de una dureza amarga y desolada, se prolongan hasta un mes según la complacencia

provechosa del gobierno. Las emociones puras se extinguen en la depravación del vicio y la conciencia. Ya no queda un recuerdo dulce y halagüeño, sino una desesperación morbosa, un resabio de barbarie y de cansancio. El progreso espiritual de estos tiempos exige el salvamento de esa civilización amenazada. Ya la provincia tiene demasiado estigma con el paludismo endémico.

Sin embargo, Jujuy con esa sombra a las espaldas camina lentamente hacia un porvenir mejor. Más esa rehabilitación completa por el prestigio de la raza, la tradición y la cultura no la obtendrá jamás hasta tanto no se convenzan sus hijos de que la inteligencia debe gobernar el destino de su pueblo.

LA ESCLAVITUD DEL MIEDO

No había terminado ño Mateo de colocar la montura al macho y ajustarle la cincha, cuando una lechuza maléfica se asentó en el horcón del camino y se puso á chillar. Aquella noche, víspera de Navidad la peonada del rancho de Chuquina encontrábase impaciente por concurrir temprano a una parranda. La obscuridad extendiéndose sobre los campos solitarios se hacía cada vez más espesa y penetrante. El cielo estaba encapotado y tras de los cerros principiaba a tronar. Se presentía un aguacero. Las rachas nocturnas arrastraban bajo el resplandor de los relámpagos largos fragmentos de nubes blancas, pardas y agitadas. Los árboles sacudían el follaje, la lechuza se fué y los manantiales y las acequias vecinas comenzaron a crecer. Un senti-

miento de miedo y desconfianza apresó los espíritus. Sin embargo, nadie murmuró una palabra e iniciamos el viaje bajo la noche negra.

Los sapos, las ranas y los grillos cantaban gozosos el advenimiento de la lluvia. El viento arreciaba con violencia y un olor a selva húmeda henchía de fuerza nuestros jóvenes pulmones. Unas cuantas gotas bautizaron los amplios sombreros ovejunos y la serenidad volvió de nuevo en el espacio. Corríamos por un sendero cubierto de árboles frondosos y eminentes, haciendo diversas conjeturas sobre la fiesta y la tormenta. Un zorro aullaba por el monte y a propósito alguien recordó el grito de la lechuza, vaticinando que las noches lluviosas solían ser propicias a la aparición de fantasmas y espíritus malignos. Los compañeros, supersticiosos por atavismo, reafirmaron esa experiencia y conocimiento sibilino. Una zozobra interior de duda y de sospecha comenzó a turbar la tranquilidad de los paisanos. Yo deseché tales alucinaciones fundadas en la ignorancia de los seres y asegurando que lo único temible para los caminantes eran el asalto y crimen de los delincuentes montaraces. Pero todo fué inútil, la superstición de los campesinos es algo innato y necesario para las aventuras naturales de la vida.

Ño Mateo avanzaba adelante de todos ras-

treando un camino tortuoso y olvidado. Al llegar a la esquina de una loma, nos llamó la atención el ruido de un torrente. Por la peña obscura y abrupta los chorros del agua caín con un estrépido formidable. En la noche dormida, su resonancia hidráulica cobraba una mágica armonía. El desborde del arroyo por el aumento de la corriente había roto su lecho inundando la encrucijada. Los peones acabaron de perder aquí el ánimo jovial y asumieron una medrosa austeridad. En ese sitio, ocurrió hacía muchos años una rústica tragedia. El cuerpo de la víctima fué el único vestigio del crimen misterioso, porque al homicida no se lo descubrió jamás. Esta circunstancia era el pretexto para que en las noches saliera a asustar a los que pasan por allí **el farol.** La creación fantástica y funeraria tiene su origen en el conjuro de una muerte atea. La expiación de los errores humanos es tremenda. Ellos dicen que esa tortura y peregrinación eterna de las almas responde al juicio postrero del destino. El espíritu en llamas, errante por la soledad de los campos revela el infinito anhelo de paz y sosiego de los muertos. Cuando esta luz aparece en los caminos es un mal presagio. Hay que variar de ruta y marchar en silencio y con respeto. **El farol** se remonta y acomete una ciega persecución. Su presencia se siente en el ambiente,

cruje como una armadura de gigante, luego zumba y silba fuertemente. No hay que mirarlo entonces, ni darse vuelta, sino encomendarse al amparo de los santos. El audaz que se le ocurre afrontarlo recibe el castigo de un recio golpe en las espaldas, acompasado por un ruido de huesos secos y de cristales rotos. Del trágico encuentro nadie queda con vida. La verdad de esta prueba hasta ahora es un misterio.

La superstición jujeña del **farol** provoca en los ánimos una perenne obsesión de incertidumbre. La verdadera razón de la historia es que al margen del camino, existe una laguna que el tiempo ha trocado en pantano mefítico y peligroso. En la noche, las emanaciones del fósfuro de hidrógeno produce una llama inflamable y oscilante que son los fuegos fatuos. La lengua de fuego arde, se agita, se levanta y corre sobre las aguas pantanosas al golpe de la brisa. A ratos, toma el aspecto de un farol que desaparece en el aire. Este fenómeno químico y óptico induce en la imaginación visiones pavorosas y maléficas. La gente campesina vive fascinada por el sortilegio de lo desconocido.

Al cruzar ese sitio aquella noche, efectivamente surgía de la superficie del pantano una llama de tonos cambiantes. A ratos era una lámpara, una espada o un abanico flamígero. El alma en

pena del difunto había salido a padecer y borrar los rastros de la vida. Ño Mateo se detiene medroso, los peones lo imitan y hasta los animales traducen idéntica impresión. El macho nervioso y arrogante bufa, erecta las orejas y se resiste a caminar. Atrás los caballos tiemblan y se contagian del presentimiento aciago. Todos nos quedamos temblorosos y sumisos, nadie dice una palabra y la luz empieza a remontarse. Un peón da vuelta su bridón y rompe a galopar con furia. Ante esa situación indecisa, todos emprendemos de súbito el regreso. La luz parecía correr tras de nosotros, la presentíamos y la llevábamos también clavada en la retina de los ojos. Un pánico y una desesperación profunda nos acicata a ser veloces y livianos. Cortamos camino. Las zarzas y las ramas de los arbustos desgarran los pullos y golpean los guardamontes cerriles. El viento rugía entre los árboles, la noche se helaba y temíamos un infausto desenlace. Una preocupación tenaz y cobarde hacía más azarosa la marcha.

De pronto entramos por un callejón de álamos gigantes. El ruido de las hojas y el eco polifónico del valle despiertan mayor temor y los animales se desbocan entonces en desenfrenada carrera. El pavor es ahora unánime y completo. Todos vamos tanteando las sombras, apaciguan-

do la exaltación interior y tratando de adivinar los obscuros arcanos de la muerte.

Perdidos por el campo la lobreguez era aterradora y peligrosa. La longevidad de Ño Mateo se resentía de cansancio. La adversidad de las circunstancias nos extraviaba. Esclavos dóciles de una suposición ficticia, no hacíamos más que aceptar la fuerza ciega de los hechos. El ímpetu de los animales crecía cual si fuesen corceles de guerra. El hado ineluctable y fatal malograba nuestros propósitos de alegría y diversión. La clarividencia oracular de los campesinos triunfaba con la comedia tenebrosa del **farol**. Ahora en la confabulación ilusoria de la hazaña está todo el simbolismo de la verdad siniestra y supersticiosa de la raza.

Al llegar a la casa los rostros estaban demacrados por la veracidad del miedo. Nadie recordaba ya de la parranda y el destino de la víspera de Navidad. Todos desensillamos a los pobres animales fatigados y nos fuimos a dormir sin despedirse. La tormenta y las tinieblas de la noche se disipaban velozmente, mientras en el tranquilo cielo azul la luna ardía como una quimera de oro y bendición.

LA DEVOCION DEL RIO BLANCO

Por un sendero árido y polvoriento avanza hacia la iglesia del Río Blanco un cortejo civil de hombres y mujeres. En sonora algarabía los seres nativos del solar jujeño han abandonado los predios familiares y las abruptas montañas para cumplir una devoción tenaz de iconolatria y misticismo. Adelante — en andas portátiles — cuatro hombres morenos, turnándose por distancias con mujeres adustas llevan la imagen de una Virgen flamante, tutelar a sus creencias y heredades serranas. La peregrinación pedestre ha recorrido con resignación y paciencia varias leguas de tierrra hasta llegar al santuario rural donde habita la antigua Virgen de Paipaya, misericordiosa al ruego de la humanidad doliente y al consuelo perenne de las almas creyentes.

La fatiga del viaje, el malestar de la intemperie, el calor, el viento, la noche y la lluvia son obstáculos simples para la fanática candidez de sus virtudes y al imperioso deber de la religión católica. Al contrario, el ideal votivo arde de entusiasmo a medida que se acercan hacia la meta de la fe espiritual y divina. La humilde procesión se multiplica diariamente en el trayecto con la incorporación de nuevos fieles. La monótona marcha, lleva el acompañamiento de una sencilla instrumentación indígena: ronco herke, tonante bombo y agreste flauta de caña. Una música enfadosa, ajena a toda armonía cromática y emoción estética descubre la existencia de su paso festivo.

A ratos, el séquito se detiene, descansan la imagen en el suelo y bailan una ronda de extravagante euritmia autóctona. Beben y cantan apasionadamente y de nuevo prosiguen la jornada. La sombra de los árboles propicia la calma y la presencia de ranchos a la orilla del camino acicatan el ímpetu bélico de lanzar al viento, tiros de escopeta, explosión de cohetes y salvajes gritos de absurdo ritual. Atrás, los caballos alazanes, moros y tordillos con las riendas sueltas, siguen dóciles y mansos a la caravana de campesinos inquietos y heliólatras por la adoración simbólica.

Los seres viajeros entonan también letanías piadosas e ingénuas. Los alienta el sentimiento del

dogma religioso y sagrado. La festividad del calendario y la época oportuna para cumplir promesas forjan en la conciencia de las vidas ignaras deberes supremos y responsabilidades santas. Por eso, con ánimo locuaz, bebiendo aguardiente, mascando coca y pitando acerbos cigarrillos de chala, todos concurren a la iglesia rural. Ellos abandonan las lejanas comarcas, llevando al hombro la adorable reliquia de una imagen hermosa. Allí van, confiados y humildes por la devoción a fin de que el cura, en aparatosa ceremonia les bendiga la Virgen con su Niño Jesús. Los vecinos serranos, la traen repleta de ofrendas y joyas: anillos de oro, collares de plata, zapatos nielados, vestimentas valiosas, escapularios bordados y primorosos brazaletes de marfil. La fé exige sacrificios de corazón y de fortuna, puesto que la teología es para ellos incomprensión filosófica y desengaño social...

La iglesia del Río Blanco está situada en un valle frondoso, cerca de la vía férrea y dentro de la jurisdicción de la capital jujeña. El templo es de una arquitectura patricia y colonial. Muros de adobes, techumbres de teja y un campanario triste con su negra cruz. En los aniversarios de las ceremonias festivas, el culto cristiano revela vivos fundamentos de una tradición secular. En esos días de amor religioso hay una constante romería

de devotos leales y sinceros. La gente campesina irrumpe en manifestaciones fervorosas y unánimes. A todos los guía el pensamiento sacro; ya cumpliendo promesas, dando limosnas, confirmando "guaguas" o bendeciendo reliquias y santos de propiedad personal. Ante esa liturgia de costumbres legendarias, el gobierno fomenta en las cercanías del templo — como una antítesis temporal — la implantación de carpas de baile, garitos de juego, tabernas de beodez y reñideros de gallos. La legislación municipal de la codicia impositiva destila todo el veneno de la corrupción social en el cuerpo y el espíritu de los ignaros feligreses. La pobreza relativa y la rudimentaria educación de los paisanos es un lujo para la caudillesca propaganda cívica. El beneficio fiscal es necesario en cualquier forma para el sostenimiento burocrático de la perenne ociosidad gubernativa.

Al fin ha llegado al templo la concurrencia heterogénea y negligente. Por la ancha puerta del atrio, los indios melancólicos van penetrando a la capilla del santuario con profunda idolatría. Tienen el rostro hierático, el cabello hirsuto y el bigote ralo. La presencia es pobre y carnavalesca. Ponchos talares, botas roídas, sombrero ovejuno bajo el brazo, fusta al puño y en la diestra el cirio encendido. Las mujeres avanzan arrodilladas, haciendo del rebozo floreado una alfombra y con

las trenzas del caballo lacio y largo caído a las espaldas. En las pilas de agua bendita la gente se aglomera a humedecerse los dedos para persignarse. Cuando la misa termina la muchedumbre se disciplina en procesión y sale tras la Virgen de Paipaya. El repique de campanas llena el espacio de aleluyas vibrantes y triunfales. Un sentimiento de fé puro y profundo embriaga de felicidad todos los corazones de los peregrinos cervantescos y beatos.

Esta ceremonia se aprovecha todos los años para bendecir distintas imágenes que llegan de remotas distancias. A la caída de la tarde, los cortejos emprenden el regreso a sus lares con la Virgen ya sagrada y milagrosa. Van desbordantes de entusiasmo, cantando y riendo sin sosiego. En las carpas de baile se han quedado los "cumpas", proclives al vicio y a la diversión funesta. A lo lejos, el bombo, el herke y la flauta de caña recuerdan con su música confusa y primitiva el camino de redención espiritual. Más las existencias extraviadas de la ruta de Damasco han comenzado ya la danza erótica en el valle del Río Blanco, olvidando la vecindad de la Virgen, el mito de los dioses y los protervos signos del destino. Pero, así es la vida voluble, sencilla y trágica de los paisanos de Jujuy.

LEYENDAS MONTAÑESAS

EL CRESPIN

En los pueblos y ciudades montañesas el folklore indígena tiene múltiples historias de curiosidad y de enseñanza. La imaginación ciudadana ha contribuído a través del tiempo a robustecer la certidumbre de las fábulas con la evocación de legendarias supersticiones extinguidas. Y en este concepto, la fisonomía de la tradición autóctona adquiere la unidad de una literatura personal y amena, puesto que revela a las generaciones nuevas el secreto más simbólico de los mitos primitivos. En esa ciencia de investigación popular está el origen de toda narración folklórica que confirma la existencia de otras civilizaciones arrasa-

das por la fatalidad de una expiación inexplicable y maldita.

Bajo el respeto de esta filosofía aborigen vamos a penetrar en el inmenso misterio de la selva para revelar el romance de una tragedia secular. Vamos a desgarrar el velo de la incredulidad modernista, narrando la odisea doliente y amarga de un amor fatal, de un ser convertido en ave, de un drama de misericordia y de dolor. La memoria de este sacrificio, más que una leyenda salvaje encierra el concepto reflexivo de la ética social, la justicia sobrenatural y necesaria de la vida, el castigo implacable de esa Némesis invisible del destino. La verdad estética del relato, revela a la manera de parábola que la única virtud perdurable en la existencia de los seres es el sentimiento del verdadero amor humano purificándose con el sentido de la muerte.

Era un matrimonio dócil y jovial que vivía su felicidad cotidiana en el corazón de la selva de Jujuy. Allí, fuera de la responsabilidad del trabajo cerril no había odios que pervertiesen el alma, ni pasiones funestas que alejasen la ventura. El amor conyugal era puro y plácido como un arroyuelo bajo la sombra. La libertad nómade de vivir y de luchar producían la plenitud de un ideal completo, ajeno a toda ambición económica y rivalidad civil. Su única razón de vida eran las

fiestas lugareñas. Amaban con entusiasmo las diversiones de Semana Santa, Carnaval y Año Nuevo. Aislados en la agreste soledad, el solo lazo social que tenían era la amistad de un viejo camarada de juventud y todos los puesteros de las fincas circunvecinas.

Fué una noche de Año Nuevo en que llegaron a la casa de los joviales moradores dos invitaciones simultáneas. Surgió una duda. Era necesario definir la voluntad de la elección. La mujer anhelaba ir a la parranda más lejana, a lo que se opuso tenazmente el marido. En ese instante, arribó el viejo amigo trayendo frescas impresiones de ambos festivales. En cada uno, la alegría y el vino desbordaban en entusiasmo y abundancia. Sin embargo, en el rancho más cercano vivían los vecinos de mayor consideración y respeto. Su vinculación era leal como un deber. A sus bailes asistía lo mejor de la comarca. Paisanos ricos, domadores de potros y mujeres jóvenes de rostros ovales y morenos. El pensamiento de Crispín se resolvió rápidamente. Irían al primer rancho. Un llanto inesperado nubló el preludio de la partida. Ella se oponía a esa imposición solidaria y en súbito arranque de energía y desacuerdo lo agravió con palabras hirientes, luego subió a su caballo y se alejó al galope bajo la noche clara.

Ambos amigos quedaron vacilantes. Una inte-

rrogación de dignidad viril incitaba al marido al castigo y reprensión. Más el Año Nuevo era necesario festejarlo con paz y alegría. Y entonces, silenciosamente, ellos también tomaron rumbo hacia el opuesto punto señalado. El cielo se llenaba de estrellas. Pájaros agoreros cantaban en la sombra de los árboles, mientras algunos perros en los caminos ladraban a la luna llena. Cuando una hora más tarde llegaron al rancho deseado, la fiesta estaba en su apogeo. El licor se bebía con una pasión báquica. Allí se mezclaron a la danza con un fervor pannida. A media noche — en pleno baile — se originó de pronto un gran desorden. La resolución agresiva de los contendores fué tan rápida y fugaz que cuando el dueño de casa y otros paisanos quisieron separarlos el pobre Crispín caía exánime en el suelo. Una puñalada certera y traidora le quitó la vida para siempre. Por la herida angosta y profunda se desangraba el corazón horriblemente...

El pánico del suceso llenó a todos de ira y de temor. Entre medio del tumulto el criminal desapareció. El viejo amigo, fiel a los sentimientos de amistad corrió a dar aviso a la esposa ausente de esta tragedia inesperada y mortal. El caballo galopaba como una sombra larga por los senderos solitarios. Para abarcar la distancia el tiempo parecía un siglo. Cuando al fin llegó a su des-

tino, la mujer recibió la noticia con gusto y regocijo. Luego, con una serenidad olímpica le contestó que esa muerte no le afectaba, que ella quería divertirse todavía y que para llorar y sufrir sobraba el tiempo. El estupor del amigo fué emocionante y doloroso. La inesperada viuda rompió a reir sonoramente...

Pasaron tres noches y con ellas la alegría y el placer de la fiesta. La realidad de la ausencia comenzó a preocuparla. El baile ya era un recuerdo vago y todo aparecía lleno de responsabilidad y reflexión. La noche callada cooperaba a esas meditaciones postreras y lacerantes. Una desesperación infinita le desgarraba el corazón y la conciencia. Todo era triste y trágico a su alrededor. Loca de angustia, sin ánimo de reacción, ni de carácter, salió de la casa enloquecida de dolor. Afuera comenzó a acusarla la soledad, el ruido de sus pasos y la sombra visionaria de los árboles.

Caminó por los senderos desiertos y las espesas breñas. Sofocada por la aflicción, el miedo y el cansancio se puso a descansar bajo de un árbol. El llanto quemaba sus ojos, las zarzas del camino destrozaron su carne y su traje, sus pies sangraban dolorosamente. Transida de infortunio la pobre viuda perdió allí la voluntad y la noción del tiempo y la existencia. Pasaron los días, los meses y los años y su inmovilidad se tornó tétrica y

macabra. El rigor del sol, el viento y la lluvia castigaban sin piedad su cuerpo desnudo e indefenso. Y así, a medida que corría el tiempo, su ser se empequeñecía sufriendo una extraña y horrible metamórfosis. De la bella mujer solo iba quedando un despojo humano, una sombra espectral y miserable. Un implacable suplicio convertía esa existencia femenina en ave, dejándole como única expresión sonora el canto onomatopéyico del nombre del esposo extinto. Y fué desde entonces, que a la caída de la oración o en la profunda noche, el viajero que cruza por los campos y las selvas de Jujuy, siente de vez en cuando, el canto angustioso y trágico de aquel pájaro simbólico y misterioso que llora entre las breñas: Crespín... Crespín.

EL SABOR DE LA IRONIA

Una tarde de estío caminaban al azar por un campo ralo de la provincia de Jujuy un zorro taimado y un apuesto avestruz. Eran compadres por el bautismo de un carancho ocioso y aventurero, pérfido e ingrato. Regresaban después de haber dado un paseo crepuscular por sus dominios comarcanos. La serenidad del ambiente y la orfandad de posibles amenazas sugirióles diversas conversaciones entusiastas. Hablaron sobre el tiempo, las conjeturas sociales, las correrías agrestes y las próximas aventuras de la acción donjuanesca. Ambos excitaban su imaginación con el desafío ilusorio de sus goces, la pasividad ante cualquier peligro y el claro talento para rehuir las emboscadas de la envidia, la maldad y la venganza.

El cielo se nublaba lentamente y a lo lejos un

arrebol de sangre llamó la atención de los alegres caminantes. Se detuvieron a contemplar largo rato, y luego, sin premeditación telepática, el avestruz le interrogó a su compañero diciéndole:

—Dígame, compadre, ¿qué haría usted si en este campito tan raso nos salieran unos perros?

—Yo — contestó el zorro sonriente y confiado me subiría al primer árbol que encontrase en el camino. ¿Y usted?

—Ah — respondió con jactancia olímpica y desdeñosa el avestruz; — yo no preciso de esos recursos, pues con unas diez gambetas que les haga, los dejo muertos de cansancio y sin ánimo de perseguirme más.

No habían terminado de hablar y reirse estrepitosamente cuando vieron aparecer, de no se sabe dónde, una jauría ululante de perros ovejeros.

—Ni que el diablo los hubiese mandao — se atrevió a murmurar el zorro, mientras se ponía en desenfrenada carrera.

Los perros, enemigos implacables de los Juanes, se largaron primero en su persecusión. Mas éste, con su asombrosa agilidad y fuertes uñas, se trepó a un árbol rápidamente, burlando así la avidez sangrienta y terrible de los canes. Viendo éstos la imposibilidad material de darle caza, regresaron hacia el avestruz, que habiendo cortado

el camino los miraba desde lejos muerto de risa por el julepe del amigo.

Amenazado por la ingrata sorpresa, el avestruz echó a correr inmediatamente. Sus largas canillas eran insuficientes para abarcar distancias. Bien pronto los perros se le acercaban cada vez más, hasta resollarle los talones y viendo entonces este trance de apuro y de zozobra, el zorro le gritó desde el árbol:

—Haber, compadre lince; de las diez gambetas siquiera una.

Al oir esta injuria verbal y suspicaz del viejo compañero, el avestruz le respondió tartamudeando, mientras se perdía a lo lejos, levantando una obscura polvareda:

—Dejemé compadre; si aura con el susto ya no me acuerdo de ninguna.

Ante el caso de justicia criolla, aquella tarde estival, don Juan de los montes embriagó por primera vez su espíritu con el verdadero sabor de la ironía, largando al viento una resonante carcajada.

LA FRATERNIDAD DE LOS ARBOLES

La frescura matinal del día ha impulsado una vagancia peregrina por las selvas de Jujuy. El resplandor solar se extiende por el cielo sereno como un vapor de fuego y algunas nubes blancas se desvanecen en la inmensidad. Los campos floridos ofrecen la poesía de su naturaleza primaveral y fecunda. El aire puro y fragante castiga el rostro, hincha los pechos rudos y el organismo humano se llena de una plenitud de vida y de conquista. Por un sendero rústico y estrecho nos internamos en la catedral de la selva. La techumbre primitiva de las ramas hurtan los rayos del sol y entonces una sombra plácida y benigna bautiza las cabalgaduras briosas y las clámides rojas de nuestros ponchos nativos.

En plena ruta — a marcha lenta — la constante

presencia de los árboles, la soledad y sosiego de las frondas despiertan un sentimiento de amor y de tristeza, de inquietud espiritual y filosófica. Y es que observando esa vida estática y salvaje de las plantas surge una interrogación de misterio y pesadumbre. En los árboles, en la corteza ruda, en las raíces, troncos, tallos, hojas, frutos y flores encontramos la virtud ideal del amor, el espejo de la muerte, el sentido de la vida y la fidelidad eterna de los más puros sentimientos humanos. La sensación de esa naturaleza viva y fuerte, dócil y muda arrebata nuestro corazón y lo domina de piedad biológica y estética. El sacrificio permanente del árbol es una acusación de ideales nobles y sagrados, pero útiles e inevitables. Talar un bosque, quemar una selva, desmontar un prado es una verdadera tragedia de dolores anónimos, extraños y simbólicos. Las hachas, el fuego y las sierras cortantes consumen esa obra de devastación botánica y sensible a la dinámica enérgica y utilitaria del progreso actual.

Los árboles que fueron sombra de los caminantes, abrigo de los animales ateridos y cansados, cúpula de trinos, sostén de nidos indefensos, alegría de los ojos, delicia del paladar con los frutos silvestres y sabrosos; todos se arrasan bajo la ley implacable de la explotación y el comercio maderable. ¡Pobres árboles desgarrados y tristes!

En la espesura selvática los troncos añosos y obscuros gimen apretados por las hiedras salvajes que se trepan gozosas por los gajos desnudos; mientras un musgo cobrizo y verde los tapiza con primor artístico.

Los árboles tienen una verdadera psicología humana y una profunda filosofía fatalista. Esa familiaridad común en diversas clases y simientes, llevan en su pasividad aparente una pasión interior odiosa y destructora. Nacen, crecen, viven y mueren bajo una disciplina tiránica y natural de principios químicos y orgánicos. Los árboles eminentes y frondosos sostienen luchas y agresiones tenaces con las ramas fuertes y extendidas. Otros son dueños del sol y la sombra, del viento y la lluvia, del claro de luna y las estrellas, del canto de los pájaros y el reposo de las fieras. Otros violentos y enmarañados en el desarrollo máximo, hieren las plantas jóvenes y exprimen con sus raíces largas y tentaculares la savia de otras vidas vegetales, cercanas y dóciles a la dominación traidora. Otros son curativos, aromáticos, tóxicos y tintóreos. El crecimiento voluntarioso y grotesco, ajeno a toda armonía y sentimiento estético, enseña la vehemencia de las existencias libres, desordenadas y absolutas en la pasión funesta. Los árboles secos y altivos, con el cuerpo desnudo al infinito, alzan sus tallos negros como brazos

rotos, como muñones viejos y cicatrizados en gestos de protesta y misericordia humana. Entre esa diversidad de aspectos externos hay una penetrante filosofía de fatalidad y simbolismo. No son los troncos desgarrados por el leñador, ni las ramas cortadas para el diario fuego, ni las hojas secas, ni el odio, ni la irreflexión joven o senil de las personas lo que aleja todo sentimiento de conmiseración estética. El secreto real del drama bárbaro está en la predestinación maldita de sus frágiles destinos. La clasificación cualitativa de las maderas y su valor natural es el principio de la tremenda prueba del negocio y el origen ético de su solidaridad eterna con la vida de todos los seres de la tierra.

Nuestra existencia tiene desde que nace una vinculación fiel y sagrada con los árboles. Sacrificados por la disciplina mecánica del trabajo y del progreso, ellos llegan a nuestra presencia en diversas formas y expresiones. Los troncos rudos sufren la metamórfosis del carpintero y la ebanistería. Los tallos rústicos obedecen el ritmo de las sierras y el gusto visual de la decoración moderna. La madera sirve para construir el mobiliario lujoso y humilde de los hogares. Es cama, andador de los primeros pasos, silla de descanso y penitencia, butaca de teatro y legislador, sillón episcopal y presidencial, mesa de comedor, de hos-

pital, de juego, de empleado, de obrero, de maestro y de trabajo múltiple. En duras puertas y ventanas cuidarán la seguridad de nuestras casas: la vida, el robo, el crimen, el calor, la tormenta, y el frío y donde desde el piso hasta el techo de las habitaciones su corteza seca afirma una perenne solidaridad social. Su madera servirá para puerta de prisión como de cámara nupcial, banquillo de muerte como dosel de amor, lujo de burgués y necesidad de pobre, biblioteca, tribuna popular, ropero, baúl, aparador, percha, techo de rancho y adorno de palacios, catedrales y museos.

En la escuela será el banco de clase, pupitre de examen, pizarrón de estudio y puntero de ocasión. Será mesa de profesor, de escritor y de sabio. Será marco de mapas ilustrativos y geográficos como de cuadros de pintores ilustres y bohemios, Paisajes, reliquias y retratos de familia y mujeres adorables se destacarán bajo la belleza fina de las varillas doradas y brillantes. En la diaria lucha su compañía es inevitable. Automóvil de lujo, carromato de negocio, tren, tranvía, barco y aeroplano viajarán a través de la tierra, el agua y el espacio con la herencia yerta de los tallos amoldados. Irá en coches de paseo, de ambulancia pública y servicio fúnebre, de alquiler y jardineras callejeras. Afianzará la seguridad del riel en vías, túneles y puentes, sostendrá las redes te-

legráficas y telefónicas, será poste de alambrado y de señal, mástil de navío, asta de bandera, aspas de molino, arco de triunfo y de duelo, cruz de cementerio, camilla de enfermo, bastidor de escena, trebejo de labranza, muleta de inválido, torno, cabo de rebenque y de martillo, jaula de pájaros, batea de lavar y canoa de río. En frágiles astillas ajustará el lápiz, el pincel y lapicero que a todas horas traduce la emoción artística y el pensamiento escrito de los hombres. Es también arma y arado, tipo de imprenta, rodillo y utensilio rústico de la primitiva civilización indiana.

Ahora en perfección artística es bastón y mango de paraguas y sombrillas para delicadas manos femeninas. En gráciles tallos será varilla de abanico, cofre de recuerdos, costurero, estuche de joyas y encantadora caja de bombones. En los juegos recreativos y de sport adquiere diversas formas, ya en raqueta de tennis, mazo de polo y de golf, arco de foot-ball, taco de billar, juego de ajedrez, dados, bochas, ring de box y barreras para concursos hípicos. Será leña de estufas lujosas, de calderas mecánicas y de cocinas domésticas. Las plantas trasuntan la energía cosmogónica, el clima de los pueblos y la riqueza forestal de las naciones. Además algunos llevan la alegoría simbólica del pensamiento humano y la fantasía decorativa del ideal social.

La madera sirve para cajas sonoras, ya sea guitarra, arpa, citara, violín, piano y violoncelo. Será flauta deslumbrante y quena agreste. Será mango de hoz, de revólver, de cuchillo y de puñal; caja de reloj colgante y taco de calzado femenino. Púlpito de iglesia, altar, reclinatorio, escalera sagrada y confesionario de perdón. Será sillón de juez, como balcón de enamorado y mostrador de ebrio. En la intimidad será pie de lámpara, consola, tocador, tálamo de amor y lecho mortuorio. Será cruz de martirio para los santos y cruz de descanso para nuestra muerte. Aquí vemos la fraternidad eterna del árbol sin querer y sin pensar. Las vidas vegetales, truncas en plena selva llegan a la civilización de las ciudades tomando apariencias diversas en instrumentos, armas, útiles, adornos y muebles. Tienen en su substancia arbórea el sello indeleble de la belleza heroica y dúctil al ensueño de la inmortalidad creadora. Ellos pierden su función biológica y su semblanza ruda para dejar el recuerdo de un destino labrado y perdurable. Mauricio Barrés siente una ternura profunda por la amistad de los árboles deshojados y mustios. No es romance literario esta devoción de idolatría piadosa, sino virtud de reflexiones puras y serenas. ¿Quién diría que de esas cortezas vegetales salen la primera cuna de nuestro advenimiento a la vida y las cuatro tablas de nuestro

ataúd? Sin embargo, el noble Emilio Becher escribía que lo único que sostiene al hombre, es sobre todo, la ilusión de la eternidad. Y es ese sentimiento generoso de ilusión humana el que ahuyenta el dolor y el recuerdo de la muerte, haciéndonos tan optimista la vida entre esta diaria y trágica fraternidad de los árboles terrestres.

COSTUMBRES DE TUMBAYA

Al pie de un cerro de Huajra, en los dominios geográficos del departamento de Tumbaya, se levanta una histórica "apacheta"; trágico monumento de piedra en honor de **Pacha Mama**: la diosa invisible y temeraria de las razas del Norte. La "apacheta" es un rústico túmulo funerario, abandonado en el desamparo de las comarcas serranas al rito religioso y perenne de los caminantes nativos. En la árida desolación de esos lugares, se destacan de legua en legua, estos funestos monumentos indígenas, erigidos con paciencia y respeto por la voluntad creyente de las almas ignaras. Cada detalle integral al símbolo creador, encierra para ellos un principio de superstición y un deber a la tradición secular de sus progenitores. El cultivo de esa vocación espiritual es tan

natural y sencillo — que lejos de inquietarlos con profundas reflexiones filosóficas — los sumerge en una dulce placidez de vivir; ajena a todo sentimiento de odio y de ambición civil.

Aquella tarde de estío, Sebastián Quispe en compañía de dos amigos, iban a pie por un sendero áspero y triste de las tierras de Tumbaya en dirección al pueblo. Un sol amarillo y oblicuo doraba poéticamente la cumbre de los cerros desnudos y desiertos. A ratos, un viento seco y helado estremecía de pavor las escasas breñas del lugar. Los tres peregrinos marchaban alegres y confiados, bebiendo ''caña'' pura, de sabor legítimo y eficacia penetrante al organismo. Quizá por hábito regional o por reminiscencia lírica de sus antepasados los ''runas'' palurdos sacaron la quena y se pusieron a tocar. Quispe moduló la voz y soltó al viento un ''manchaipuito'': canción dolorosa y simbólica sobre el caramillo que sonaba. Con esa armonía humilde y primitiva proseguían el camino como sombras errantes y cansadas. El eco sollozante de la música y del canto se perdía en la lejanía de los cerros enhiestos e inmutables.

De pronto, llegaron a la encrucijada del camino rural. En ese sitio, al pie del cerro de Huajra existía la famosa ''apacheta'' comarcana. Silenciaron, se quitaron los grandes sombreros y de acuerdo a sus íntimas creencias se hincaron a re-

zar una oración. Luego echaron en sus manos vacías un "acullico" de coca fuerte y abundante e invocando las obscuras preces del destino lo tiraron con fuerza sobre la "apacheta". Era necesario que la providencia divina los amparase en el largo viaje y que la felicidad del hogar no se destruya. Los "acullicos" de los dos amigos se pegaron rotundamente sobre las piedras augurando buena suerte; mas no así el de Quispe. ¿Qué hacer? Sería una admonición justiciera de **Pacha Mama** o sería el anuncio oportuno de la infidelidad conyugal. Una desesperación salvaje apresó con brío su débil corazón. El honor de su nombre, ilustremente incásico quedaba mancillado ante los ojos de los paisanos presentes. Sin embargo, esa falta de lealtad matrimonial — que para ellos significa cuando el "acullico" cae a tierra — no revestía moral ni socialmente tan tremenda gravedad. El destino era el culpable; pero Quispe tenía para eso, el castigo en los puños y el perdón en los labios. Todos bajaron la vista y sin murmurar una palabra continuaron el viaje con indolencia y desgano.

El largo trayecto hasta llegar al pueblo de Tumbaya, lo hicieron ahora callados y mustios. De vez en cuando, un sorbo de aguardiente para entonar el espíritu y el silencio reinaba de nuevo trágicamente. La exégesis de esta circunstancia

violenta y traicionera iba quemando de ira la conciencia de los tres viandantes. En unos, la compasión y en otros la angustia y la tortura. Pero el adusto Quispe ya sabría sacrificar con sus fuerzas rudas y viriles la posible afrenta de la esposa ausente. ¡Oh, la distancia salvadora y cómplice! A instantes, dudaba recordando su amor, el idilio casto y puro, el connubio apasionado y ardiente en la paz cerril, en la choza de ramas y de barro, junto á una montaña de elemental fraternidad. Por su imaginación exaltada desfilaban las dulces horas de la dicha, de las alegrías primeras, cuando juntos recorrían el campo, contaban las ovejas, recogían moras silvestres y fragantes flores de **puya-puyas** en los barrancos. Una tragedia interior lo martirizaba de incertidumbre y desesperanza; pero ante la misteriosa advertencia de **Pacha Mama** la dura verdad era evidente.

En la estación de Tumbaya tomaron el tren para Jujuy a realizar allí sus compras y transacciones económicas. En la ciudad vetusta y colonial rondaron por las calles como seres extraviados, llenos de curiosidad y mansedumbre. En los almacenes y tiendas satisfacieron sus propósitos. Mientras tanto, en el fondo del alma de Quispe se desarrollaba un rústico drama de dolor y de celos. El anhelaba volver pronto a su hogar, sorprender el delito, mirar a la perjura y recompen-

sar con el tormento bruto la desinteresada prevención de la "apacheta". Y fué bajo la emoción de estos pensamientos responsables e hirientes en que los tres amigos regresaron a su rancho nativo. Allí no sucedió más que una comedia de llanto y de mimodia. Quispe vejó sin piedad ni explicación alguna a su inocente esposa. La pobre era una víctima dócil a las tradicionales ritos lugareños y soportó sin protesta la ciega hostilidad de su marido. Pero el disgusto solo fué cuestión de pocas horas. En la profunda noche, los dos seres lloraban mutuamente para consolarse, arrepentidos ya, de sus ilusorios pecados terrenales.

Como vemos, son estas costumbres atávicas y extrañas las fuerzas elementales del destino; que ponen algo de energía y preocupación en el espíritu inmutable de los habitantes de Tumbaya, cuyas tierras desoladas y secas — fueron al decir popular — recorridas en épocas remotas por el milagroso beato San Francisco Solano.

VISIONES DE TILCARA

La fisonomía urbana de las ciudades del interior tiene un encanto profundamente artístico. Los fundadores primitivos supieron imprimirles un carácter de distinción noble y romancesco. Animados por una pasión nacionalizante de conquista, su progreso civil fué eminentemente americano. Todos fraternizaron por el deslumbramiento de una tradición original, hidalga y misteriosa. Y en esa victoria de vocaciones libres, ellos afianzaron sin querer la herencia histórica de la raza, fecunda en dominaciones voluntariosas y fanáticas. He aquí porque perdura el espíritu vetusto de sus ritos, el vestigio ancestral de sus moradas y la unidad regional de su belleza.

Entre esos pueblos del Norte, ninguno como el de Tilcara ofrece un ejemplo más severo y elo-

cuente. Allí viven — como una fuerza de la naturaleza — todos los sentimientos de la tradición autóctona. Las calles, las casas, las costumbres, las evocaciones agrarias llevan una huella indeleble de originalidad y fantasía. Luego el absolutismo de una religión supersticiosa y unánime coadyuva a mantener la inmutabilidad eterna del pasado. Por eso, toda transfiguración de la ciudadanía municipal desgarraría la convicción de su hermetismo y la reliquia sagrada de sus lares.

Tilcara da la impresión estética de una ciudad heroica. Al caminar por sus calles uniformes y sombrías nuestro espíritu sufre un contagio de lirismo y de leyenda. Un dejo de arquitectura primitiva, las techumbres rojas, la tonalidad violenta de los muros pintados y las puertas rústicas confirman la memoria secular de su existencia. Ese tributo al orden sin progreso, esa profesión de indolencia y de sosiego, esa falta de renovación a las cosas prosaicas de la tierra, lejos de decepcionarnos nos alienta de optimismo filosófico. Encontramos en esa disciplina social hosca y huraña una enseñanza de serenidad y un profundo concepto de la civilización indiana. Ellos comprenden que el único orgullo de la estirpe está en la autonomía de sus ideales y sus leyes, en la inviolabilidad de su origen legendario. Como raza fatalista ha cimentado su devoción en el culto de los muer-

tos y en el arcano elemental de sus frágiles destinos.

Nada hay más simbólico para el espíritu moderno que estos burgos de misticismo y de epopeya, donde la energía poderosa de una raza afianzó la indómita altivez de su atavismo. La ciudad de Tilcara conserva una belleza personal y sugerente. Circundada por cerros pelados y rojizos, su existencia colonial cobra el símil de una alegoría histórica. Nada conmueve la barbarie de su silencio cotidiano. Huérfana de actividades comerciales, azotada por rachas polvorientas, parece algunas veces una ciudad de abandono y de cansancio. Más esa sospecha de pavor espiritual desaparece a la caída del crepúsculo. Entonces sus calles antes tristes y desiertas adquieren una populosidad animosa y democrática. En romería, los habitantes nativos han salido a recorrerlas, mientras otros en los umbrales de sus casas gozan con amor la dulce placidez de la ignorancia y la pereza. Algunos fieles se encaminan hacia la iglesia parroquial, sobre cuyo campanario rústico y sonoro se alza el símbolo salvador del cristianismo.

Una nota de color local aviva la poesía de las calles. En ese deambular rutinario y jovial las mujeres ostentan sus irrisorias indumentarias montañesas. Amplias polleras, batas cortas y ajustadas, rebozos extraños, destacan su variación alucinan-

te de colores fuertes y salvajes. De vez en cuando, un paisano alto y arrogante atraviesa como un flamen entre el tumulto, alardeando la clámide sangrienta de su poncho y el penacho adusto del sombrero. Sauces llorones sacuden sus melenas verdes al golpe de la brisa. A lo lejos, entre medio de tunas y cardones un caballo flaco y murrio corre azuzado por el ladrido de los perros. Sobre la belleza secular de estos lugares nadie como el pintor Octavio Pinto los ha evocado con más fidelidad y sentimiento. Sus cuadros están iluminados por la verdad de la visión y la serena ejecutoria de su arte.

¡Bajo el ala del crepúsculo la tarde se desmaya como una mujer celosa. De la ciudad maravillosa y antigua sólo va quedando ahora una mancha de sombras peregrinas, una villa solitaria y humilde, alumbrada por débiles faroles. Los cerros cercanos se abisman en la noche negra. Y con la resignación cristiana de su suerte, los habitantes se encierran a dormir dentro de sus casas; mientras flota sobre el yermo suelo de Tilcara toda la grandeza espiritual de las cosas eternas e inefables.

LA SEMANA SANTA

Cuando desde el rústico púlpito de la iglesia de Tílcara el párroco local terminó el sermón de agonía, las campanas doblaron la muerte del Señor. Sobre el espíritu de los fieles reinaba una fe y un sentimiento profundo. La convicción real de la muerte sagrada los llenaba de piedad y desesperación. Un murmullo de rogación unánime surgía de todos los seres arrodillados y mustios. El sacerdote se fué, la gente rezaba y el ritual de la piadosa ceremonia proseguía. Afuera, por las calles silenciosas y vetustas, los paisanos de las aldeas vecinas continuaban llegando con ofrendas de flores y de cirios. Las mujeres arrebujadas con un manto negro dignifican la solemnidad del Viernes Santo. La tarde se moría lentamente y la ciudad obscurecida cobraba una misteriosa fascina-

ción de duelo y de tragedia. En el firmamento las estrellas comenzaron a brillar como lunares de sangre y de topacio.

A la noche la festividad se acrecienta en tributos y homenajes. En diferentes sitios de las calles los habitantes nativos han levantado pequeños catafalcos de flores, adornados con crespones negros y cintas moradas. Los túmulos mortuorios de decoración floral son algunas veces fijos y otras portátiles. Esa especie de altar funerario era un interrogante de reposo para el viaje eterno y desolado de la muerte. Allí el último homenaje revestía todo el carácter de las exequias augustas y supremas. La liturgia de estos funerales religiosos es una herencia espiritual del fanatismo indígena, fiel a la iconografía alegórica de los mitos venerables y sagrados de la raza extinta.

Poco a poco, una muchedumbre abigarrada y negligente va ocupando las cercanías de la iglesia. Toda esa plebe aborigen se desespera por entrar al templo a rendir la oblación ignara de su espíritu. La religión cristiana los domina con una vehemencia mística e insólita. El ídolo sacro es el delirio de los ojos y la mente. Un mutismo fervoroso y absurdo apresa el carácter huraño de los seres. La noche avanza. En el atrio colonial la gente se aglomera. Algunas mujeres depositan óbolos en las bandejas de plata colocadas en si-

tios estratégicos. Por el pretil de la iglesia la iluminación interior surge como un reguero de estrellas. En lúgubre marcha, la multitud se interna en las naves del templo, odorante a incienso, mirra, cirios quemados y flores benditas. Jesús sacrificado y la aureola dolorosa de los santos llenan más de beatitud la ferviente plegaria de las almas. El menor ruido extraño o tos inoportuna conmovía de emoción la serena conciencia de los humildes feligreses.

El templo se llena de quietud y recogimiento. Nadie murmura una letanía religiosa. El sermón de soledad concluía ante una atención expectante y solemne. Luego unos hombres hirsutos y lívidos se acercan hacia el mausoleo sagrado y levantan en silencio un ataúd cubierto de siemprevivas, lirios y azucenas. La marcha se inicia dificultosamente. Las personas se aprietan en una lucha esforzada y sorda. La procesión monótona y extraña sale a recorrer la ciudad callada y obscura. Un sacerdote estrafalario va orando a paso lento, seguido por un cortejo de hombres y mujeres. En cada altar ocasional detienen el féretro y producen una breve ceremonia. El cura dice un responso hosco y suplicante. Todos se arrodillan y las mujeres rompen en un llanto espontáneo e irrestañable. La escena es cruda y angustiosa. Los rasgos sombríos de la fantasía nocturna — huérfana

de cánticos y músicas dolientes — pueblan de terror esos aparentes senderos de la muerte.

El hermetismo de la tradición religiosa es original y sugestivo. El culto a la divinidad tiene para ellos la dulzura inefable del sacrificio humano por la indulgencia de los pecados terrenales y la inmortalidad del alma. Una devoción desinteresada y constante germinará cosechas adorables de purificación y virtud. Los actos de fe y contrición revisten verdaderos símbolos de salvación espiritual. De allí la severidad de las fiestas de Semana Santa y el beneficio de las cosas bendecidas por la sangre del Señor. Las palmas, flores y cintas que han colaborado en la ceremonia adquieren un valor inestimable de gracia y de recuerdo. Hojas, pétalos y objetos son talismanes milagrosos para conservar la salud y la felicidad de los hogares. Algunas veces tienen hasta el poder formidable de dominar los elementos de la naturaleza y el espacio. La prueba filosófica es un enigma eterno del destino.

El sentimiento respetuoso de los ritos antiguos es el carácter personal del pueblo de Tílcara. El entierro abstruso y tétrico en la noche profunda tiene algo de impío y de macabro. Hasta que regresa el fúnebre ataúd al santuario brillante y vacío las calles son sendas tortuosas de peregrinación lánguida y triste. Los blandones y los ci-

rios encendidos vacilan en las manos de los penitentes errantes por las penumbras del villorrio dormido. Sin embargo hay un simbolismo de amor y misericordia en estos actos misteriosos y ridículos. El secreto de la ética religiosa refleja en sus espíritus una justiciera aprobación divina, y es de allí la razón por la cual sus evocaciones folklóricas son tan impresionantes y fantásticas como los cuentos de Hoffmann y de Poe.

EL CARNAVAL AGRESTE

Al compás resonante de la música aborigen ha llegado al vetusto burgo de Tílcara una comparsa de tipos regionales. Vienen de los aldeorros cercanos — luego de atravesar las quebradas tortuosas y los yermos caminos — empolvados de harina y fragantes de albahaca, amaranto y doradillas silvestres. Brota de sus corazones la alegría inconsciente y deleznable y de sus labios la carcajada sonora y contagiosa. Peregrinos obedientes de una tradición indígena, ellos evocan en la liturgia de sus ritos la locura funambulesca del Carnaval agreste.

El conjuro sombrío de la reminiscencia dionisíaca enciende la llama de la inquietud interior y los acicata a divertirse sin reflexión, ni sosiego. Los domina la pasión salvaje y profunda de un

ideal proteo, frágil a la seducción del goce y el desenfreno orgánico. Hombres y mujeres, — parias del trabajo y burgueses de la propiedad rural — se unen en fraternidad democrática para rendir tributo al dios grotesco de la máscara y la burla. Por toda la comarca, corre la emoción ardiente de las carnestolendas y no queda entonces ningún habitante que no se apreste a celebrar la ceremonia con una vehemencia absurda de vanidad y desvarío.

En las calles diariamente desoladas, se nota desde esos días de holgorio una animación cosmopolita. Hay un deambular constante de gente gozosa y bullanguera. Las puertas de las viviendas lugareñas ostentan señales propiciatorias a la evocación festiva. Los vecinos peregrinan de casa en casa, llevando el saludo cordial y jocoso del aniversario carnavalesco. Se pintan el rostro con tintas violentas y se enharinan la cabellera, el sombrero y el traje flamante. En cada rancho, hay un derroche generoso de bebidas fermentadas y alcohólicas. Los visitantes e invitados tienen amplio derecho a la libación y al baile. En extraños "yuros", que son rústicos cántaros de barro circula el licor para las bocas sedientas. Hay "chicha", mistela y excitantes brebajes. Las flores, las serpentinas y el papel picado acrecientan el júbilo civil. Los hombres cerriles pierden el ca-

rácter huraño y rinden su molicie a las "imillas" núbiles. El romance del amor florece con la canción lasciva, la mimodia de la danza y la embriaguez del vino obscuro y traicionero.

Ha llegado la tarde y el pueblo transforma su alma pastoril. La timidez y la pesadumbre innata de la raza huyen bajo la alucinación de la fantasía carnavalesca y el cielo lúcido y flamígero. Gritos y cantares picarescos detonan el ambiente. La originalidad se multiplica hasta en el detalle más trivial. La exaltación hierve en la sangre y los espíritus. El ruido acrece y retumba en la lejanía de los cerros. De lejos, las "huairas" montañesas traen el eco ronco y sollozante de los herkes errabundos. La comparsa se acerca estremecida de beodez y de leticia. El **pom, pom** del bombo va señalando acústicamente el avance del camino. Al fin llegan y están frente a nuestros ojos. Enharinados, y ebrios ríen y cantan desesperadamente. Los músicos redoblan la energía de la vibración instrumental. El bombo mayor calla y las cajas comienzan a sonar. El herkencho irrumpe la monotonía de su acento invariable, acompasado por los charangos agrestes y las quenas melancólicas. La sinfonía indígena adquiere entonces el sentimiento cálido de una vaga marcha triunfal. Las mascaritas sueltas continúan llegando con bártulos pequeños. El desfile se hace a ratos mu-

chedumbre. Los "runas" pasan orgullosos, encendiendo cohetes, arrojando flores y provocando la hilaridad general con actitudes clownescas. Las mujeres han adornado sus sombreros con flores de trapo y cintas coloradas. Todos empuñan como un trofeo la botella de ginebra y el tamboril sonoro. Atrás de toda esa peregrinación errante, van latiendo los perros su extrañeza canina a la zarabanda ocasional.

El entusiasmo se extiende por todo el poblacho con una avidez funesta. No hay hostilidad, ni episodio cómico que no regocije el sentimiento popular. Los cortejos desfilan incesantemente. Los cuernos y los pifanos indígenas soplan sin cesar. Los sistros rústicos confunden su bullicio con los cascabeles típicos. Van cantando melopeyas alusivas a la fiesta y de vez en cuando provocan un tumulto que es celebrado fragorosamente por los corros callejeros. El desorden y el desasosiego es una ley de protección ritual. La solemnidad de divertirse es el único encanto de sus existencias díscolas, nómades y tristes.

En la noche reina la apoteosis del bacanal carnavalesco. En los ranchos la gente canta, baila y se emborracha con furor. Los rostros adquieren una expresión faunesca y dolorosa. La voluptuosidad alcohólica les deprime el alma y los sentidos. Las parejas están rígidas y otras desfalle-

cientes. Kaluyos, huainos, yaravíes, zambas, gatos y chilenas hieren el silencio de la noche profunda. En ese círculo humano de cháchara, de cansancio y melodía la danza cobra la visión de una ronda fantástica. A ratos, la armonía musical, honda y fúnebre, tiene el acento de un aquelarre desgarrante e ignoto.

Bajo la luz vacilante de un farol a kerosen los seres joviales y valientes ahuyentan de sus almas todas las responsabilidades del bien y del mal. Con el alba el bacanal expira, sellando su recuerdo con la sangre de un herido, el estigma de una muerte o una tragedia de amor y desengaño. Víctimas de una fé o de una superstición legendaria los pobladores de Tílcara, rememoran cada año, en el coro carnavalesco de sus danzas y sus fiestas la filosofía folklórica que amortigua el dolor y aviva en sus corazones ignaros la frágil alegría de las saturnales primitivas y olvidadas.

HUMAHUACA

Es una tarde apacible de otoño. Voy con mi amiga Coty Rodríguez recorriendo las calles estrechas y tristes de Humahuaca. Este pueblo, que fué cuna de valientes, teatro de batallas y tumba de héroes, conserva inalterable el secreto de su antigüedad. Las casas son de perspectiva uniforme y de techumbres sombrías. El progreso urbano no ha corregido todavía las ubicaciones aisladas, ni sus paredes bajas, adornadas de nopales esmeraldas, con sus crestas florecidas en oro y sangre. Todo nos habla de épocas primitivas y salvajes, de costumbres respetuosas y extinguidas.

Nuestro corazón, a medida que admiramos esa arquitectura rústica y extraña, se contagia de entusiasmos hidalgos y guerreros, haciéndonos sentir verdaderos nietos de los conquistadores.

Flota efectivamente sobre este pueblo humilde y silencioso todo el espíritu de su raza aborigen. Dominio de caciques huraños y orgullosos han dejado en la herencia de su riqueza y de su fuerza bruta la huella laboriosa de su estirpe.

De pronto, la calle breve que nos conduce a la iglesia parroquial se ha puesto animada. Han comenzado las mujeres nativas a salir de sus hogares arcaicos. Algunas miran asustadas el geometrismo de nuestra indumentaria cosmopolita. El traje ajustado y leve de mi amiga, con su media sutil ha provocado intranquilidades fogosas en los paisanos rudos. Nosotros seguimos indiferentes ante el asedio de las miradas indiscretas. Una campana de timbre claro solloza el Angelus pastoril y las devotas se encaminan a santificar su profesión de fe, luciendo sus trajes amarillos, verdes, rojos y violetas que ponen la policromía de un paisaje goyesco.

Mi amiguita, encantada de estas impresiones, me habla con efusión cordial. Quiere explicaciones rápidas a su curiosidad artística. Para complacerla iniciamos la conversación con un paisano humilde que nos saluda sin conocernos. En palabras simples y perezosas nos hace desfilar todos los recuerdos y las leyendas seculares de su pueblo. Su indolencia para hablar y su figura cervantesca y descuidada avivan el interés de nuestra plática.

Una vibración cercana de guitarras, corta la actividad del diálogo y nos despedimos agradecidos para no vernos nunca.

Caminamos sin detenernos sedientos de aire y de mirar. Un sauce envejecido, lleno de cicatrices nos llama la atención a nuestro paso. Allí sobre su tallo añoso una mano anónima y generosa ha taladrado un cruz. Una breve leyenda más abajo nos dice que en este sitio, un enamorado enloquecido por los celos en una noche obscura asesinó a su novia infiel. Una reverencia de respeto nos inclina y continuamos el viaje. Al frente, una monaaña de color de cobre nos cierra el horizonte visual. Es una montaña de piedra y laja, maciza y desolada como un despojo de los siglos.

Coty la contempla atemorizada y le nacen ancias de subir a sus cumbres. Y allí nos encaminamos por un sendero estrecho y caprichoso. El aire puro nos castiga el rostro y nos llena de vida. Luego de larga paciencia llegamos a la cumbre. Miramos hacia abajo y el pueblo diminuto parece un castillo de piedra arrasado por invasores crueles. Los moradores están sentados en los umbrales de sus casas, hablando seguramente de recuerdos familiares, de los forasteros curiosos, del comisario abusivo o del gobernador injusto. No adivinamos más. A la derecha el valle sereno

se ha empolvado de azul y a lo lejos se siente la respiración ronca del río...

Inesperadamente mi amiga se ha tornado mustia y silenciosa. Ha olvidado sin duda los encantos del pueblo legendario, para abismarse en evocar las remembranzas de nuestro lejano Buenos Aires. Sus ojos glaucos y dolientes han tomado una expresión romántica y tentadora. Me acerco y le interrogo sobre su tristeza injusta, sobre nuestra armoniosa soledad. Ella baja los ojos y me responde puerilmente — que Humahuaca, con su tradición fanática y su naturaleza agreste la ha vuelto triste.

Entonces yo sin contestarle, pienso que el sentimiento de ciudad ha de triunfar siempre en el frágil corazón de las mujeres.

LA SALAMANCA DE YACORAITE

Al frente del pueblo de Humahuaca, golpeando las peñas con un desasosiego implacable y rudo corre el río Grande de aguas espesas y sangrientas. La mustia playa, herida por el tatuaje de las piedras alarga su desesperación de arena contra las costas de la tierra yerma y dura. Fiel a ese teatro primitivo — propio para una acción de guerra y de conquista — se destacan los cerros grotescos y calvos por la eternidad. Una tristeza geográfica — huérfana de toda naturaleza tropical — envuelve como un sudario las ásperas cuestas y las hoscas cimas. Lo pintoresco del lugar, reside en la sucesión de las montañas cobrizas y apretadas por la agreste solidaridad de una tragedia cosmogónica.

Allí, desafiando el torrente y el río se extiende

Yacoraite con sus planicies breves y sus amenazantes cumbres. Uno que otro rancho anuncian la existencia de los esquivos pobladores. Los tipos nativos viven doblegados por la calma y el ocio. El aislamiento social los regocija. Por eso, ninguna aspiración los conmueve ni atrae. Hablar y ejercer sus propias diligencias son muchas veces un tremendo sacrificio personal.

Viajando por esas tierras salvajes el folklore montañés descubre sorpresas de relativa originalidad local. Allí, en el recodo de la peña y el río cuentan los "coyas" que todavía existe una famosa Salamanca. En las noches lóbregas esa casa de encantamiento y misterio abre sus puertas en el abismo de la tierra. Una música inefable y dulce puebla el ambiente de exquisitas armonías; mientras un siniestro resplandor de fuego advierte desde lejos la iniciación horrible de la gran fiesta infernal. La visión flamígera es un sortilegio irresistible y natural. El paisano que atraviesa solo a esas altas horas de la noche por la cercanía — ya sea en brioso caballo o chúcara mula — sufre la dominación diabólica y potente de la Salamanca.

Cuando Nicasio Chorolqui, un "runa" alto y flaco como un árbol seco, comenzó a contarme los detalles sobrenaturales de la superstición indígena, sus pupilas se estremecieron de un vago pa-

vor. En el fondo del rancho — su lúgubre presencia — auroleada por la trémula luz de una vela, delineaba una original mancha de aguafuerte. Su penoso relato, no era imaginación, ni fantasía, sino legendaria experiencia de una vida anónima sacrificada por aquel oculto aquelarre de la muerte.

Una noche, un puestero humahuaqueño, de heroico valor y recia fuerza regresaba a mula por una obscura ruta comarcana. Varias copas de licor, bebidas en la casa de una comadre que festejaba el reciente bautismo de una "guagua"; le habían dejado en el espíritu una alegría consecutiva y franca. El silencio a su alrededor era trágico y solemne. Ningún peligro, ni acechanza turbaba el tranquilo viaje. Sin embargo, al doblar la vera del camino, recordó vagamente en su memoria que en esa cercanía lugareña plantó su terror la Salamanca.

Sería porque su cabeza vacilaba o sería porque la noche encendía la mágica visión, el hecho fué que a unas cuantas cuadras de distancia vió surgir del peligroso sitio una penetrante claridad. Era un resplandor pálido y fuerte que cegaba la constancia del mirar. Quiso retroceder, pero no pudo; le flaqueó la energía y el coraje. La mula apretaba dócilmente el paso hacia la dirección horrenda. De pronto, sintió vibrar por los aires

el eco errante de una melodía indefinible. Era una melodía incierta, de diversos instrumentos musicales tocados con dulzura subyugante y muelle. Melodía de amor, de voluptuosidad y de locura. Ebriedad cromática de acentos seducían el corazón y el espíritu. Un despertar interior, complejo y raro producíale la audición secreta del luminoso hechizo montañés.

Ante esa revelación maravillosa, el ánimo del paisano no varió; al contrario, se atemperaba de anhelo, de halago y de infantil curiosidad. Atinó por asegurar el filoso puñal a la cintura y siguió obediente al animal, cuya marcha le insinuaba inesperadamente una conquista romancesca de amor y de ventura. ¡Vana ilusión y amargo desengaño!

A pocos pasos de aquella iluminación satánica pudo notar que se abría una ancha puerta en las extrañas rojas de la peña. En su portal, vigilaba el paso un gigantesco perro, de humana cabeza y encrespada lana negra. Ya frente a esa entrada, la mula se detuvo sin brío, ni voluntad. Al ver su presencia el perrazo avanzó en silencio y sujetó entre sus dientes las riendas del animal. Luego lo introdujo hacia un amplio patio, donde reposaban otras cabalgaduras sin jinetes. El valiente hombre primitivo — esclavo ya del miedo se apeó para ecaminar bajo un secreto impulso

por una galería cilíndrica y angosta. Lo atraía la encantadora música nocturna que cada vez se tornaba más lejana y profunda en el misterio cavernoso de la tierra.

Tras largo andar, el paisano llegó a una inmensa sala subterránea, donde encontró a hombres y mujeres mezclados en ruidosa bacanal. Allí estaban los caciques y caudillos aborígenes, derrochando el oro para alegrar sus ociosas existencias. Contra las paredes doradas, se apilaban grandes cargas de plata. Los conquistadores primitivos, sujetos a gruesas cadenas de martirio custodiaban el propio tributo de sus riquezas secuestradas. La ronda de la tribu, arrojaba su desprecio y sárcasmo sobre la resignación dolorosa de los hombres blancos, condenados a la eterna pena de la prisión y el castigo.

Allí, había un lujo de emperador incásico. El oro relucía en los muros, las colgaduras, los muebles y los trajes. Joyas y piedras preciosas adornaban el natural encanto de las cortesanas y las insignias guerreras de los jefes. Grandes lampadarios reflejaban su luz como un óptico imán. Multitud de músicos expertos formaban la orquesta de taumatúrgica perfección artística. El placer, la danza y la embriaguez eran el triángulo normal para la diaria acción en el simbólico culto de la vida.

El intruso que llegaba a esos antros infernales, bajo la dominación sobrenatural y magnética del fuego, sufría el saqueo de su dinero y el crimen de su involuntaria audacia. Para gozar un instante del feliz encantamiento demoníaco era necesario sacrificar la vida, la libertad y el destino. Del encierro funesto nadie regresaba más a su vivienda. Allí los genios del mal sepultaron para siempre al paisano de la historia. Y agregan también que la costumbre inexorable de los ritos, exige para satisfacción de sus dioses temerarios el suplicio constante de un hombre en una muerte lenta y cruel.

Esta leyenda, con dejos de superstición y fantasía indígena corre en los labios de los moradores montañeses. Yacoraite es la tierra de la preexistencia fabulosa. Ahora por encima de todo comentario legal, esta evocación folklórica vislumbra cierto carácter regional y genuino de la raza, diversa alegoría quizá, de la Salamanca santiagueña, que Ricardo Rojas narrara hace más de tres lustros en su magnífico libro **El país de la selva.**

UNA "SEÑALADA" DE CORDEROS

Cuando aquella tibia mañana de primavera el sol levantó su hostia de fuego sobre la cumbre del cerro de Zenta, en el rancho del "coya" Quipildor, se aglomeraba una compacta muchedumbre. La magnificencia del tiempo auspiciaba la vagancia cerril y el libre regocijo del espíritu. Sin embargo, los invitados guardaban una discreta disciplina de paciencia, observando al dueño de casa en los últimos retoques de la ceremonia matinal. Aquel día, el rústico pastor había resuelto de acuerdo con el dueño de la finca realizar una "señalada" de corderos.

Entre las costumbres locales del pueblo de Humahuaca esta tradición incaica revestía el original carácter de un verdadero acontecimiento popular. Allí, bajo un contrato franco y leal de so-

lidaridad, el patrón entrega al arrendatario un rebaño de ovejas para su cuidado. Muchas veces el convenio era ya impuesto como una obligación amistosa y necesaria que el tiempo había afianzado con el ejemplo y obediencia de los antiguos pobladores. Ahora, las ganancias de la reproducción anual de las majadas constituyen el dividendo uniforme y conveniente del reparto común. Este vínculo de administración rural crea un sano deber de justicia distributiva y una modalidad personal del sentimiento indígena. El procedimiento legendario está regido por un honrado juramento de responsabilidad civil y garantizado por la aplicación jurídica y temeraria del derecho **natural** y **positivo** de las leyes.

Pedro Quipildor, humilde arrendatario de aquel puesto serrano era un hombre pequeño y enjuto, de rostro cetrino, imberbe, ojos vivaces y de edad indefinible. Los años habían sido para él dulce alegría de vivir, sin dolor ni arrepentimiento filosófico. Aborigen auténtico, andariego y sagaz, la experiencia habíale dado un conocimiento fiel y absoluto de toda la comarca y sus pobladores nativos. Un sólo nombre avivaba en su memoria, el recuerdo de toda una genealogía familiar en detalles, fisonomías, costumbres y virtudes. Su clara aptitud e ingente bonhomía inspiraron en la comarca una simpatía colectiva, llena de ad-

miración y respeto patriarcal. Por eso, aquel día de fiesta, Quipildor estaba en su apogeo espiritual. Su invitación era un éxito. Todos los parientes, amigos y vecinos habían respondido a su llamado. Hasta el comisario y el **tata-cura** del lugar, se presentaron sin tardanza, ajenos a todo escrúpulo de autoridad y religión.

La mujer de Quipildor había preparado con anticipación dos "hornadas" de "chicha", buen vino, aguardiente, corderos, pollos y conejos gordos y sabrosos. Ese trabajo doméstico, hecho con gusto y desinterés moral se realizaba bajo invocaciones de fervor a la providencia divina y a **Pacha-Mama.** Por eso, aquella tibia mañana de primavera, al ver reunidos en el patio de su hogar esa amigable multitud, los dueños de casa gozaron con orgullo la sutil embriaguez de la vanidad y la lisonja. Una victoria social de armonía colectiva, resumía el simple ideal de sus espíritus y el noble abolengo de la raza secular.

Primera jornada

Terminados los saludos de ocasión, los invitados se dirigen a pie hacia el lugar de la ceremonia pastoril, distante a pocas cuadras del dominio. Rompen la marcha a paso de hóplita. Un donaire altanero imprime en los ánimos cierta prepotencia de caciques victoriosos. Adelante, van los due-

ños del aprisco vestidos de fiesta. Los sigue un cortejo de hombres y mujeres. A ratos, algunos se dividen en grupos y parejas. Las mujeres llevan trajes burdos y charros, de vuelo amplio y ajustado talle. Una vincha de color ciñe en la frente el desparpajo del cabello lacio y sus gargantas morenas están cubiertas por vistosos collares de "huilcas", especie de canicas de vidrio. En las "chuspas" que son rústicas talegas de cuero y tejido de lana, los hombres llevan "coca" y "llicta" y las "imillas", granos de mote de maíz bien cocido. Ya en el camino, los sorbos de "caña" comienzan a humedecer los gañotes sedientos. El alcohol les enardece los sentidos y entonces la amistad de todos comulga en una simpatía ruidosa y cordial. De las palabras surgen diversos comentarios. Hablan sobre la "señalada", la suerte de Quipildor y evocan viejos acontecimientos históricos de amor y de guerra. La felicidad de existir brilla como un diamante en las turbias pupilas masculinas.

A su paso, en esa tibia mañana, vibrante de aire y de sol, las divisiones parcelarias de las fincas vecinas aparecían cubiertas por pequeños sembradíos de maíz, manchados por largas melgas de alfalfa y de habas. Esos detalles de cultivo supremo, hechos con tanto sacrificio de voluntad y dinero les renovaba en la mente el eterno proble-

ma de los latifundios puneños, anarquisados por la política electoral de los gobernantes demagógicos. Atravesando esos lugares de cultivo, su presencia adquiere un simbolismo de civilización y de progreso. Ellos eran los anónimos conquistadores del lugar, triunfantes en su acción de trabajo fecundo y rudo por el engrandecimiento de la patria. El paisaje mismo de la tierra era un tremendo contraste eugénico. Arriba, en los cerros escuetos y rojizos una desolación de páramo. Abajo, el valle riente y el río torturando su flotante plata.

¡Algunas quebradas carecían de toda naturaleza botánica y elemental. El campo llano era mustio, seco y desierto, como arrasado por una inulta maldición. Sin embargo, ellos eran felices con esa esforzada y pasajera vegetación gramínea, que unida a las escasas matas silvestres daban a sus majadas, como así también a las llamas, guanacos y vicuñas salvajes pasto de alimento y existencia. De los ranchos cercanos, las rústicas cocinas hendían sus tirabuzones de humo en el azul cristal del cielo. El sol encendía su ascua de fuego bañando de oro seco las colinas y los hatos. Algunos cardones inmensos se destacaban en las laderas de los cerros como firmes obeliscos de gloria militar. Al golpe de las "huairas" de la brisa, la hopalanda de los ponchos talares fla-

meaban como rojos pendones de combate. Cuando llegaron al sitio de convite todos agitaron en sus manos rudas los blancos sombreros montañeses y los celestes pañuelos de su tierra en señal de buen augurio y porvenir.

Al fin están todos en el sagrado recinto primitivo — al aire libre — situado en un recodo del valle cerca de un corral de ramas secas y espinudas. Los invitados han buscado piedras bajo los "churquis" floridos y fragantes para sentarse con comodidad e indolencia. Allí la comunidad familiar se hace más fraternal y estrecha y todos conversan sin sosiego. El tomo y obligo es un rito ineludible y severo. En hidrias de barro la "chicha" se reparte sin cesar a los concurrentes. Otros beben en pequeños jarros "grapa" y aguardiente. Cuando el sol está en el cénit se forma una gran rueda para servir el almuerzo campestre. Cada persona recibe la distribución alimenticia. El caldo con papas enteras y el "picante" de pollo y conejo con arroz se ofrece en sendos platos de palo. El sabor acerbo del ají hace caer alguna lágrima furtiva sobre el poncho de lana o la floreada bata de percal. Luego, el asado de cordero y las jugosas empanadas, repartidas con abundancia franciscana repletan el voraz apetito de los "runas". El vino se consume en las bocas

sitibundas y la pasión de la ebriedad va dejando lentamente todos los cántaros vacíos.

Segunda jornada

Al mediodía, después del almuerzo principian los rituales de la caprichosa ceremonia. A una voz de orden — sombrero en mano — todos se ponen de pie y rodean con religiosa atención a los dueños de casa. Entonces Quipildor, con gravedad senil murmura:

Pasen siñores: hagan compaña pa señalar aura mesmo los corderitos que Tata-Dios nos ha dao sanos y gorditos.

El cura que está presente clava la vista sobre la gleba yerma en forzosa señal de aprobación. El comisario castiga con el rebenque la pierna derecha y toda la tribu se mira entre sí, presa de un fanático fervor. Luego, se dirigen en fila, hacia el corral ya repleto por una numerosa majada de ovejas y corderos. La familia ovina está triscando y llena el ambiente de balidos lastimeros, agudos y roncos. Ante la presencia de tanto espectador los animales se asustan y pegan violentas extendidas de temor. Por la angosta puerta — asegurada por una breve pirca de piedra — la gente con la cabeza descubierta comienza a entrar al rústico redil. Aquel patio de encierro, negligente y agreste es para ellos como un templo

primitivo de religión y de respeto. Allí, llenos de sagrada unción espiritual cumplían todas las liturgias del culto pastoril. Allí, el viejo Quipildor separa con cariño del tropel, dos corderitos — macho y hembra — nacidos en el año. Estos serán los novios, por cuya razón les enfloran el cuello, las orejas, el lomo, las patas y la cola con pequeñas borlas de lana, teñida en diversos tonos de flores silvestres. Luego alzan la pareja nupcial para acostarla en un rincón y la cubren con pullos colorados hasta finalizar la ceremonia.

Las mujeres activan el trabajo pastoril, ya preparando flores para los corderos restantes o ya hilando cuerdas en las "puiscas", que son husos de hueso o largas espinas de nopal. Otras, tienen las agujas prontas, con las hebras polícromas para colocar la señal en las orejas; mientras las mozas siguen repartiendo la "chicha" en rústicos mates o en medianos cántaros de barro. La alegría, entretanto, arde en los espíritus como una misteriosa lámpara votiva.

De pronto, Quipildor, orgulloso jefe de la "señalada", extiende cerca de los novios tapados un gran pañuelo blanco, donde deposita un montón de hojas de coca, "llicta" y cigarrillos sueltos. En seguida, observa fijamente a sus paisanos y en rogación cordial, les dice:

Siñores; sirvansé po.

Ta bien siñor; le respondieron.

Los circunstantes, uno tras otro, se van aproximando. Cada persona, hace la señal de la cruz con la mano y levanta luego un puñado de coca, un pedazo de "llicta" y cigarrillos. Esa invitación es acatada como un deber general y todo el mundo realiza el monótono desfile de obscuras interpretaciones aborígenes.

Al finalizar la tarea del generoso reparto, Quipildor siéntase en cuclillas delante el gran pañuelo blanco ya vacío. Su severa actitud, llena de veneración y misticismo anuncia la ocasión de rogar a Dios por la vida y el aumento de la majada. Una mirada penetrante a los dóciles adeptos, provoca la oración unánime y sonora. Todos se hincan en el suelo y tras breves silencios de intervalo, el murmullo surge como un enjambre de abejas rondando por la selva. El cura, mientras tanto sacrifica con benevolencia y resignación sus sagradas creencias religiosas.

Al concluir este detalle se levantan y el rito indígena continúa. Ahora, Quipildor va recibiendo de los convidados una nueva ofrenda de respeto. Esta consiste en sanas hojas de coca de tres tamaños diferentes y elegidas de propósito por cada uno. Al hacer la humilde entrega personal, según la representación rural del tributante, dicen:

Siñor: aquí le truje 300 corderos, 200 ovejas

y 100 capones de la majada de ño Abraham Suárez pa que aumente la suya po.

Otro: **Siñor: aquí le truje 1.000 corderos, 500 ovejas y 300 capones de la majada de ño Pedro Giménez pa que aumente la suya po.**

Quipildor sonríe lleno de plenitud moral ante el desfile de los pastores con la idéntica invocación; mientras les responde sucesivamente:

Sea en güena hora. Que Dios quera y se lo page po.

Luego, mezcla todas las hojas secas de coca en otro pañuelo colorado y las guarda en el bolsillo del pantalón de barracán.

Súbitamente la gente se dispersa un instante y de nuevo se aglomera para principiar la "señalada". La ceremonia se inicia marcando los corderitos: uno para el dueño y otro para el cuidador, debiendo resultar para ambos igual número de sexos. La señal de los animales se hace por dos personas diferentes, cortando las orejas de acuerdo al distintivo de propiedad rural. Este signo servirá siempre para el propio reconocimiento en casos de robo o extravío con tropas ajenas. Las "imillas" continúan colocando flores de lana teñida en el cuello y las orejas de los pequeños heridos. Cuando algún animal más sensible bala de dolor por el recio corte de la tijera implacable, el cuidador grita fuertemente:

"Chicha" quere el cordero. "Chicha" pronto que anuncia aumento en la majada.

Entonces la persona allí presente y encargada para esa única tarea, corre presurosa a buscar "chicha" para aplacar la doliente sed corderil. En seguida, le abre la boca sonrosada y fina y le derrama un jarro del amarillento brebaje. El inocente animal bebe con violentos ahogos, se mancha el blanco vellón y se esfuerza por huir de la horrible prisión, así surja el cariño embelesado de los dueños por calmar su protesta con palabras de amor y de ventura. Quipildor ha ido mientras tanto, guardando todos los pedacitos de orejas cortadas, hasta el final del culto apasionado y singular.

Cuando concluyeron de marcar todos los corderitos tiernos e indefensos, los invitados en conjunto, precedidos por el dueño y el cuidador van con el sombrero en la mano, dando vueltas en el corral. Adelante, arrean el ganado lanar y le arrojan grandes mates de "chicha" por el lomo. Después de tres vueltas de procesión civil — de acuerdo al rito regional — abren la puerta para poner en libertad las tropas prisioneras. Los animales salen al pasitrote y otros brincando por el martirio del punzante dolor de las heridas y el largo encierro sin piedad. La pareja de novios floridos y huraños se sueltan también, entre el

bullicioso regocijo de la concurrencia. Por alguna distancia, la romería los acompaña con cariño y los deja libres en la intemperie, camino al cerro calvo; donde solloza el aquilón y acecha el águila de pasiones voraces y sangrientas.

Tercera jornada

Cuando los corderos desaparecen en la lejanía cual manchas de errantes algodones, el cortejo regresa de nuevo al corral a terminar su liturgia misteriosa. En el centro del mismo, cavan un hoyo de dos cuartas de profundidad y ocho dedos de ancho. La medición se realiza con una corta soga de lana, tejida exprofesamente. Quipildor toma un mate con ''chicha'' y derrama su contenido en el pozo vacío, haciendo cruces con la diestra y pronunciando con vacilantes palabras indígenas una especie de bendición cristiana en la enigmática religión de sus costumbres. En seguida, echa en el hoyo la mitad de hojas de coca recibidas anteriormente como ofrenda, un vaso de ''chicha'' y los pedazos de oreja. Luego, más ''chicha'', las hojas restantes y de nuevo ''chicha''. Cuando el líquido se ha filtrado del todo, lo tapan con tierra suelta suavemente y terminan así la famosa ceremonia.

Antes de salir, Quipildor y el dueño de las majadas reciben los agasajos de los invitados y los

votos fervientes por el aumento de crías en la "señalada" del año venidero. La sinceridad del sentimiento trasluce las almas como un claro cristal. Todos recogen sus ponchos y sombreros y emprenden el retorno al hogar, animados y sonrientes; mientras el sol baña de oro y sangre la azul diafanidad del firmamento.

Epílogo

En la eminencia del valle humahuaqueño se destaca la alquería del viejo Quipildor. Al anochecer, la luz de una lámpara sale como una flecha de fuego por las troneras del rancho montañés. Al llegar allí, el cura se despide mustio en dirección al pueblo y los demás peregrinos reanudan la tertulia y algazara. La fiesta parece infundirles en el corazón un entusiasmo heroico y ancestral. Gritan y cuentan sus hazañas de gesta. La reunión nocturna es un suceso de trascendental importancia para sus ignaras existencias. Una orquesta criolla de guitarra, mandolín, charango y quena arremete un dulce bailecito. Las mujeres gárridas y los hoscos paisanos comienzan a danzar. El ímpetu del baile es contagioso y unánime. Al poco rato, los viejos canijos y desmirriados, abandonan su actitud contemplativa y buscan una moza para bailar con desaliño. El comisario inicia también con una "chola" se-

rrana un sonante **gato**, acompasado por las palmas y los zapateos. Los contertulios mascullan sus gozosas impresiones íntimas; mientras las "imillas" reparten "pata de cabra" que es "chicha" bien hervida con fragantes yerbas. Luego del largo danzar, la embriaguez cunde y aconseja un descanso. Las mujeres han adornado sus batas con flores de retama y gajos de aromo. Dicen cosas futiles y picarescas a los mancebos hirsutos y tímidos. La leticia se deshojaba en las almas como una maravillosa amapola de fuego.

De pronto, la dueña de casa exige a ño Juan Alvarez unas canciones. Como buen cantor de la comarca, no se excusa y tomando la guitarra cumple con la cortesía femenina. Las cuerdas del instrumento vibran en una quejumbre criolla y su voz pastosa y clara entona emocionada, ya un **huaiño, kaluyo** o **triste**; rimados por los poetas regionales Arturo Garzón Roldán y Gaspar Medrano Rosso. Los aplausos y la parranda hasta el amanecer, lisonjean el viril sentimiento de Pedro Quipildor. Su estirpe es de bronce y la etología de sus mitos no morirá jamás.

Mientras tanto, afuera el viento zumba y la luna se cubre con un turbante de nubes pasajeras. En la soledad de esos lugares las fuerzas de la naturaleza son un misterio de sombras y eminencias. Sobre la tierra, la choza de Quipildor

tiene un fulgor de oro y en el cielo, las estrellas un fulgor azul. Sin embargo, en esa eternidad de lejanías luminosas palpita la vida del hombre y el simbólico destino de la raza.

LA HERENCIA DIONISIACA

El despertar del día se ha anunciado con un inusitado movimiento de holgorio y vocinglería callejera. El advenimiento de las fiestas de Momo ha herido en el alma de los habitantes humahuaqueños esa huraña disciplina de retraímiento y silencio habitual. Ahora amanecen las carnestolendas trayendo al mundo la locura de sus embriagueces casquivanas y satánicas. El espíritu ignaro de las costumbres nativas ha revivido su homenaje al bacanal agreste, donde el eterno dios proteo reparte la alegría sonora de su risa infiel y deleznable.

Bajo el auspicio de esos sentimientos pueriles la gente se divierte con la rapsodia de sus cantos, sus bailes y sus fiestas. Y es por ello que la ciudad prosaica se encuentra llena de perturba-

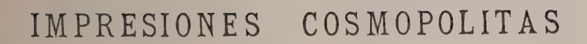
ción nerviosa y de entusiasmo ardiente. El sonido de las flautas, los charangos, las guitarras y los tamboriles conmueve la tranquilidad serena de su ambiente diario. El eco perdido de las quenas y los **herques** que se acercan resuena tristemente en las quebradas, cual si fuese el lloro trágico de una raza extinguida por el dolor y el infortunio. Ante esa vibración compleja de armonías resuelvo salir de mi retiro agreste para confundirme en la democracia de la comunión carnavalesca. Las calles están animadas y alegres, recorridas por errantes caravanas civiles cuyo aspecto aborigen y festivo pone un encanto de saturnales primitivas. La música adquiere el antagonismo de una lucha romancesca. El ritmo diatónico persiste en su cromatismo agudo y resonante. Todos los moradores del pueblo han asomado a la puerta de sus casas para presenciar el desfile de las comparsas ebrias, enharinadas y envueltas por serpentinas de colores diversos. Al fin ya se acerca un cortejo más numeroso levantando polvo de tierra del camino rústico y arrojando al viento sus canciones adustas y lascivas, amorosas y tristes. La caravana negligente y palurda, alegre y chabacana, está ya a nuestro frente. Sus figuras cervantescas, los trajes de colores violentos y toscos, los rostros pintados de rojo y gualda y las mujeres con zarcillos, ajorcas

y collares extraños, llevando algunas atadas a la espalda sus dóciles criaturas, ponen la alegoría policroma de un paisaje goyesco. Ya pasan y miran sonrientes, prorrumpiendo en gritos y estribillos, encendiendo cohetes, disparando tiros de escopeta, redoblando las cajas, el furor de los címbalos, el llanto de las quenas y todo el trebejo técnico de su música aborigen. Ramos de flores campestres y aromáticas me arrojan en gratitud por el aplauso ruidoso de mi homenaje justo. Ante esa hospitalidad espontánea y franca yo adquiero un derecho de ciudad y me incorporo a la singular columna divertida, para observar mejor la liturgia de esas fiestas lugareñas. Caminamos por esas calles humildes como si fuésemos gitanos errabundos. El eco triunfal de la música y los estilos criollos despiertan en el corazón un sentimiento de entusiasmo nacional. Ya nos acercamos a una casa engalanada de ramas verdes y serpentinas rojas. Un ciudadano de palidez india y melancólica nos recibe con un abrazo cordial. Entramos en medio de una greguería enloquecedora y estridente. En su interior está preparada una amplia mesa para los invitados, y luego un patio cuadrangular con sus largos bancos de madera, dispuesto todo para el próximo baile familiar.

El banquete rústico y sabroso se inicia y ter-

mina entre los brindis de los comensales ebrios y el llanto sentimental de las mujeres. Risas y lágrimas son frutos inevitables y efímeros de estas tradiciones cerriles. Los músicos han enriquecido su orquesta típica con bombos, arpas y violines quejumbrosos. Entre algunas parejas de hombres rudos y mujeres morenas salimos al patio, dispuesto ya para la iniciación del baile. La danza comienza con ardor, se alarga, se renueva y sigue frenética, mientras las horas pasan insensiblemente. La **cueca**, el **gato** y todos los bailes nativos evidencian en la gárrula de sus giros la rivalidad petulante de los bailarines intensos. El sonar de las espuelas, la inquietud de las vidalas y la provocación de los cantores diestros, acicatan la libertad de los sentidos y el furor de la esperanza erótica. El amor se aviva como un animal celoso y ya no hay serenidad que perdure ni reflexión que salve la cultura. Mientras tanto el crepúsculo deshoja su livor de tintas sobre el firmamento azul, la noche se despierta con sus ojos de estrella, se encienden las luces en la ciudad dormida y en la cercanía ladran los perros; pero el baile continúa, no sólo ya en las casas vecinas, sino hasta en los ranchos más humildes del poblado. Por las calles vetustas hay cantos perdidos de transeuntes beodos y llantos lastimeros de mascaritas sensitivas. El vino, la

"chicha" y todas las libaciones caseras han provocado el apogeo de la embriaguez irreflexiva. Ya no se recuerda el tiempo, el dolor, ni el destino. La comunión plebeya de las tradiciones indígenas ha amortiguado la virtud del pensamiento. El baile se prolonga sin cesar en los días, las noches y las semanas completas del mes de Carnaval. La leticia evocadora del aniversario festivo mantiene la actividad constante de los ritos, sin duda porque creen que en la farsa grotesca de la máscara está la filosofía más simbólica de la existencia humana. Mas por encima de todo a mí me pareció encontrar en la locura funambulesca de ese mito no sólo el carácter indeleble de Humahuaca, sino también cierta reminiscencia dionisíaca de las costumbres ya extinguidas de la antigua Grecia.



IMPRESIONES COSMOPOLITAS

EL SENTIMIENTO DE CIUDAD

Abro las celosías del balcón y me quedo pensativo, mirando caer la lluvia sobre la ciudad cosmopolita. El silencio de la noche, impregnado de inquietud y de misterio, tiende a hacer más viva mi reflexión profunda. Estoy alegre y triste a la vez. No sabría definir el estado de mi incertidumbre psíquica. El corazón late gozosamente, mientras mi espíritu se atormenta con la armonía de la ópera pluvial. Y es que la ciudad callada me atrae con su vejez de siglos. Su organismo inmenso y heterogéneo me habla de todos los secretos pasionales del mundo. Infierno dantesco, paraíso bíblico, centro activo de la vida y de la muerte, será siempre una eterna pesadumbre de interrogación filosófica. Bajo sus techumbres grises y descoloridas, la humanidad

no adquirirá jamás conciencia de su valor y su destino.

Entonces pienso que la ciudad tiene un alma insensible a los dolores del mundo. Todo lo sabe, lo observa y lo sepulta en el silencio anónimo de sus muros muertos, quizá porque allí esté la suprema dicha de la vida. Sí, porque silencio anónimo significa confianza y valor, independencia y opinión absolutas, dualidad de ser y de pensar. Esa disciplina interior de un espíritu mudo es libertad suprema, porque no hay sociedad que lo critique, ni amigos que lo calumnien, ni leyes que moderen sus sentidos. La tonante fama no lo atrae, la confesión mutua no lo intriga, la fiscalización social no lo humilla; le basta la inmortalidad serena de lo desconocido.

Por eso pienso en esta noche de contemplación religiosa, internarme en el templo profano de la ciudad dormida. Sus calles brillantes y rectas serán la senda urbana de mi peregrinación errante. Presiento el sentimiento de ciudad como el espíritu de una mujer núbil en instante epitalámico: alucinante, amoroso y lleno de sabiduría salomónica. Sin embargo, la ciudad moderna no encierra la ética de la civilización por la cual fué creada. Su existencia municipal y política no es más que acción de conquista, de progreso económico, de deleznable rivalidad social. Su edifi-

cación es cansancio, rebelión, dolor, lucha del capital y del trabajo, abolición de arte y tradición, orgullo y ambición de poderío. El progreso urbano — expresión gráfica del adelanto y cultura de los pueblos — no podrá jamás encarnar esa verdad. La ciudad actual es más bien como una mujer propiciatoria: redime o corrompe según la conciencia de la admiración intelectual.

La ciudad es fuerza ciega del trabajo, del odio y la injusticia, porque es herencia de conquistadores rudos, derechos de riquezas adquiridas, reminiscencias de tragedias primitivas. La grandeza de la ciudad no está en la acción renovadora, sino en el carácter de la raza, en la perfección de la cultura, en la unidad moral de los sentimientos colectivos. El progreso axiomático no está en la amplitud de sus fuerzas municipales, de ciencia dinámica y edificación deslumbrante.

La grandeza de la ciudad está también en la conservación de su sello nacional, en el espíritu de su pueblo fuerte, en el respeto a la tradición heroica. En esa lucha desesperante de los hombres por el progreso de la ciudad está la doctrina de una solidaridad más pura y no de una rivalidad de economía social. El derecho de ciudad es un vínculo de fraternidad civil, de cultura generosa, de comunión espiritual y afectiva. La educación común será el sentimiento sereno de

una concordia utilitaria. Las pasiones inferiores conducen a la tragedia moral y orgánica de los pueblos, porque asesinan la virtud del carácter y de la inteligencia. Aquí cabe la disciplina interior de los seres, para saber despertar en el alma el culto de un ideal más sagrado y perdurable; que salve la corrupción irreflexiva de las ciudades modernas: herencia indeleble de las ciudades muertas...

Por eso pienso también que en la ciudad está la resurrección de los más nobles sentimientos humanos, bajo la prueba del dolor y la injusticia, de la ambición y el sacrificio. La humanidad adquirirá con la vejez de la experiencia un nuevo concepto de amor y de verdad. Mas ese patriotismo de civilización ideal no lo conseguiremos nunca, hasta tanto no hayamos perfeccionado en nuestros espíritus el verdadero **sentimiento de ciudad.**

.. ..

De pronto ha cesado la lluvia, y de un balcón abierto la vibración de un piano herido conmueve el silencio de la noche, mientras el eco errante se abisma en la inmensidad. Entonces yo sin saber por qué, salgo a la calle para internarme en la calma parabólica de la ciudad dormida.

EL DOLOR DE LA MASCARA

La resonancia de la fiesta carnavalesca me ha despertado un sentimiento de curiosidad. Tanto me acicateaba su murmullo, que resuelvo salir de mi gabinete de estudio y ponerme a contemplar el vistoso cuadro que ofrece la ciudad en este día de Carnestolendas. Una rara leticia de inconsciencias sutiles impregna el ambiente, amortiguado ya por el ardor de la tarde estival.

Voy recorriendo con mis ojos la variedad bulliciosa de la fiesta y advierto lentamente que mi alma empieza a hacerse niña y río sin saber por qué en el balcón. Río al ver las máscaras que pasan y río al verla reir a mi amada al lado mío, cuando arroja las serpentinas presa de un entusiasmo infantil.

La procesión de máscaras heterogéneas y dis-

persas realiza su desfile grotesco, acompasado por el ruído de los tamboriles, las panderetas y los cascabeles. Hoy un coro general de gritos, risas y cantares que auspician la libertad de divertirse como en las grandes ceremonias dionisíacas. Y hasta parece que un soplo de locura instintiva pasara por el espíritu regocijado de toda esa muchedumbre peregrina.

Las mujeres están bellísimas, con las pupilas dilatadas por una voluptuosidad singular y los labios húmedos por la frescura de las risas. Una Colombina entristecida, acompañada de un Pierrot empolvado y desdeñoso, me sonríe al pasar en su carruaje, mientras atrás, en galante **landeau**, un Arlequín satánico y traidor la sigue con un racimo de marquesas tentadoras, diciendo frivolidades. Más allá, en un auto descubierto, tres dominós negros con los adornos ajados por el juego, traslucen el cansancio de la noche anterior. También de vez en cuando, un rudo gaucho cruza fugazmente y se pierde en el torbellino anónimo de la multitud, como un símbolo de la raza que muere.

Todas las máscaras hacen alarde de su indumentaria reluciente. Unas, al verme silencioso me gritan una frase irónica saturada de un elogio inquietante para la belleza de mi amada que sonríe. De otro grupo, un Polichinela ridículo hace

una acusación hiriente a mi amor propio que resignadamente tengo que perdonar. Y a mi frente, para remachar mejor esta comedia, un payaso cínico me estremece de ira con sus canciones descorteses. El insulto es ahora la flor más airosa de la fiesta.

A pesar de mi disgusto moral, tengo a la fuerza que sonreir por la comicidad irreflexiva de estas farsas crueles. Una mascarita delicada y graciosa me arroja de pronto una serpentina azul que yo recojo. Se va desenvolviendo, y siento una especie de caricia dulce y rara entre mis dedos hasta cortarse el papel por la distancia de los rumbos. Mi amada está entretenida con una pareja del balcón contiguo, en formar un lazo de serpentinas rojas.

Yo sigo observando y ya no río. Una serenidad filosófica ha bautizado mi espíritu de meditaciones múltiples y profundas, a la par que un tedio impreciso arrecia y toma la fortaleza de mi corazón jovial. Y es sin duda porque encuentro en la explosión frenética de esas alegrías, una honda enseñanza de sabiduría interior. La realidad desolada de la vida, de los sentimientos y de las acciones surge como una acusación pasmosa del misterio humano, como una tristeza infinita de nuestras existencias. En esta hora de revelación profana, en que la fe del amor y la virtud es-

tán de duelo, el viejo dolor de la experiencia me ofrece su fraternidad consoladora: olvidar para creer, soñar para gozar, amar para vivir.

Y fué entonces cuando la sombra de nuestros propios seres, sin la defensa del antifaz, desgarró por vez primera mi alma con la trémula angustia del espanto. Luego, reclinado en la baranda del balcón al lado de mi dulce amada yo me puse a llorar con mis desengaños al viento...

LA ENSEÑANZA PUBLICA

La reminiscencia de la extinta juventud trae a mi alma un sentimiento inefable de amor y de poesía. Anhelo regresar a mi niñez, vivir los días de infancia y tomar acción en todos esos primeros pasos del destino. Alegría de existir y plenitud de salud me inundan gozosamente. Evoco los primeros llantos inexplicables, los consuelos pueriles, los castigos leves y cordiales. Luego pasa una existencia de adoración y de cuidado, de infinito amor filial y maternal. Pero el sendero de esa felicidad es muy corto en su peregrinación de bellezas inconscientes. El deber de saber y de pensar, nos obliga a comprender el valor de las primeras iniciaciones culturales. El despertar de la inteligencia humana necesita el cul-

to de la idea purificándose en el templo de la escuela.

Al detalle breve de ese período viviente de todos los seres se abre la continuación de la enseñanza secundaria. Se olvida entonces la delicia infantil y vaga de los primeros años escolares para tomar conciencia del estudio que define el porvenir del hombre. Ya no habrán maestras buenas y piadosas, de rostros tristes y cansados. Un ambiente severo de virilidad y de respeto circunda los pasos de la nueva lucha. Los rostros son adustos, la disciplina es un deber y todos los actos reflejan las ineludibles responsabilidades del carácter.

Avivando en mi espíritu todas esas enseñanzas viejas, he querido a mis cinco lustros, regresar como alumno nuevo al Colegio Nacional. Y en un arranque caprichoso, de discípulo arrepentido y tardío, he vuelto al aula familiar, llevando con mi dócil voluntad a cuestas la ansiedad de aprender y de observar las modernas clases de enseñanza pública.

Un recreo ruidoso y vulgar enciende el recuerdo de mi perdida infancia. Rostros desconocidos de todas las razas pueblan el recinto del inmenso patio colegial. Pero a medida que miro, noto que la satisfacción de esa libertad reglamentaria de descanso no es completa. Los celadores

juzgan la disciplina mortificante de todos los sentidos. Asombrado ante esa mansedumbre hiriente del carácter y la propia personalidad, yo me refugio lleno de desesperación en un rincón. Más cuando pienso continuar mi observación de nuevo, la campana del recreo pone fin a la vocinglería estudiantil y todos entramos al aula — en fila militar — cabizbajos y humillados por la vigilancia agresiva y seca del camarada hecho por infortunio celador.

Ya en la clase, nos sentamos en los duros bancos de madera. El celador se agiganta sobre la insignificancia de su propia sombra y arrecia el grito de su disciplina tiránica y absoluta. No quiere conversaciones, ni ruidos, ni toses estridentes y molestas. El silencio es necesario para su respeto jerárquico. La aparente calma se extingue con la obediencia intolerable y violenta. Un grito cómico, un decir aislado y ridículo rompe la hilaridad general. Surge entonces una resonancia de farsa y de sainete que impide por completo el restablecimiento del orden. En esa convulsión de risa nos encontramos cuando entra el profesor. Un saludo sonoro y cordial lo embriaga de petulancia y orgullo. El celador, libertado al fin de su angustia orgánica entrega al profesor la lista de clase y previa genuflexión

de esclavitud se aleja indignado con un paso militar.

El profesor, hombre joven y elegante, tiene por casualidad un título universitario. Antes que ser nada prefirió ser Doctor en Leyes y aquí lo tenemos regocijando su amor propio con el prestigio del adjetivo, de la cátedra y de la vanidad social. Otra ambición de carácter jurídico sería para él humo de desengaños y de hastío, cansancio de trabajar y de pensar.

Se sienta frente a su escritorio y nos mira con un aire de infinita protección. Sin duda, piensa que él es el hombre providencial, encargado de ilustrar las mentes obscuras e ignaras de las generaciones nuevas. Afirma su cabeza apolínea sobre su brazo izquierdo, sonríe, piensa y luego toma una pose de académico. Mira la lista de los alumnos y comienza a llamar a aquellos cuya inasistencia es ya casi una costumbre consagrada. Interroga los motivos de esas faltas, se asombra de las constantes víctimas, da algunos consejos y hace tiempo para que corra el tiempo. Al fin decide llamar a un alumno parlanchín y ocurrente. Este compañero de curso tiene el prestigio de una elocuencia de bufón. Al profesor le gusta hacerlo hablar siempre porque en sus exposiciones cuenta historietas de leyendas jocosas y amenas. Estamos en una clase de historia

argentina. Las causas del movimiento emancipador de la patria, obligan el comentario del profesor y la reflexión consciente de los discípulos. Sin embargo, hacen varias clases que el alumno preferido, tiene absorbida la hora de enseñanza reglamentaria.

El profesor ríe del aspecto hirsuto y grotesco del estudiante elocuente, a quien le indica inicie su disertación. Habla y sus pensamientos borrosos y contradictorios, heridos por la sintaxis y la prosodia provocan una impresión hilarante. El profesor prende un cigarrillo y se deleita de su felicidad de catedrático.

Un compañero de clase hace un ruido extraño con la boca y otros lo incitan al conferencista a una franca rebelión de carcajadas. Un murmullo ronco y unánime ataca el silencio del aula, mientras la risa se contagia y apresa hasta los compañeros más adultos y graves. De pronto, la indisciplina ha tomado un carácter singular y todos reímos con una satisfacción infantil y vibrante. Una psicología inexplicable ha tornado nuestros espíritus más niños y ya no hay moderación que salve la cultura, ni vergüenza que repare la inconducta. No atendemos al alumno que habla, ni al profesor baladí y sólo anhelamos que la clase termine velozmente para salir al recreo. La significación histórica de 1810 se ha hun-

dido en la indiferencia del desorden y la risa. Los conceptos de la libertad y del sacrificio patriótico de los héroes son motivo de tedio y de cansancio. El Brummell de la Cátedra — que no atiende, ni enseña — se siente al fin lesionado por el barullo y golpeando con el puño sobre el escritorio grita su protesta y su condena ante la insubordinación álgida y tremenda de sus discípulos incultos...

El silencio y el orden de nuevo mientras clasifica al alumno erudito y llama a otro cuya aplicación de estudiante es un caos sin salvación. En esa situación pasa la hora y se renuevan los días sin dejar en el espíritu de los discípulos una enseñanza de utilidad, de ilustración, ni de belleza. La historia, según este profesor, es una materia de esterilidad pedagógica, de dialéctica innecesaria y vulgar. ¡Oh, moderno catedrático!

Pero lo bueno es que el profesor no tiene ningún título que acredite su especialidad profesional para la enseñanza secundaria. Es abogado de salón galante y orador político que levantó su tribuna en las calles y plazas de nuestra ciudad. Su actividad de propaganda cívica fué lisonjera y patriótica para sus principios doctrinarios. Por eso, en premio a su parlamentarismo callejero y metafórico se le ha dado una cátedra de historia, como podía haber sido de ana-

tomía. Más aquí está el error. La enseñanza pública es una responsabilidad trascendental y fecunda para la cultura argentina. El progreso de los pueblos depende de la dirección espiritual de sus educadores. La juventud no puede asistir impasible al asesinato científico de su propio porvenir. La cátedra significa tribuna de amor desinteresado y profundo. Nadie debe usurparla sin derecho de aptitud y reflexión de conciencia. Por eso, en aquellas mañanas de dolorosa experiencia estudiantil no pude menos que sufrir al recordar la figura extinta de mi primer maestro, que enseñaba el abecedario con la vocación noble y santa de un verdadero sembrador de parábolas cristianas.

INDICE

Pág.

IMPRESIONES COSMOPOLITAS

Talleres Gráficos "Cúneo"
C. Pellegrini 677, Bs. As.



ECKMAN
DERY INC.
APR 93
N. MANCHESTER,
INDIANA 46962

